

RER

Revista de Estudios Rectificados



Año 1

Número V

Noviembre

2019



Oriente Eterno



El Tricornio

Pág. 3

La última cosecha

Pág. 5

El G.°. A.°. D.°. U.°. en el Rectificado

Pág. 9

Los Grados

Pág. 12

La obra de Willermoz

Pág. 18

Cartas al H.°. Ajax

Pág. 22

Heráldica: ornamentos exteriores

Pág. 35

Caballería: presentación de las armas

Pág. 45

NOTA DE LA REDACCIÓN

La presente revista presenta en sus contenidos trabajos de reflexión personal de Hermanos que practican el Rito Escocés Rectificado. Lógicamente RER, Revista de Estudios Rectificados, no pretende ni desea que esas reflexiones la representen. Los matices que podremos observar constituyen la riqueza que aportan los Hermanos.

El Tricornio

¡DOLOR! ¡DOLOR! ¡DOLOR!

La Masonería está de duelo. Rota está la misteriosa cadena y falta uno de sus eslabones; un Hermano se ha perdido, y nadie lo encuentra; tres veces se ha dado su nombre al viento, y el viento no ha devuelto el nombre querido; hemos recorrido nuestros Valles, y el Obrero que buscamos no se ha refugiado en Taller alguno. Hemos preguntado a los Aprendices, y no han sabido darnos cuenta de lo que pretendíamos saber; hemos preguntado a los Maestros, y nada nos han dicho: grado por grado, y Cámara por Cámara, hemos andado noche y día de Oriente a Occidente, de Norte a Sur, y nuestra voz se ha perdido en las brumas de lo desconocido. Hemos tropezado con columnas rotas y atributos mudos, y las lágrimas han surcado nuestras mejillas, y el viento de la desolación azotó nuestros semblantes. En nuestra peregrinación tristísima, sólo hemos hallado la palabra sagrada. Algunos Obreros fatigados y llorosos han venido a nosotros y nos han mostrado vacío el tronco de las limosnas.

Entonces hemos comprendido por qué hay una Logia viuda y un eslabón perdido. Hemos vuelto la vista a la eternidad que viene, y bajo la enseña de la Rosa y de la Cruz hemos leído un nombre: hemos mirado más allá, y hemos divisado una espada flamígera. El ángel de la predestinación, que guarda los umbrales del porvenir, nos ha impuesto con su actitud y dibujado un nombre en la columna sagrada de la inmortalidad. Su voz no resonará en nuestros pasos perdidos, su palabra no se perderá en las bóvedas de nuestros Templos, su amor no herirá más nuestros corazones. Su vida fue una tarea, su muerte es un descanso: ni el trabajo le abrumó, ni la adversidad apagó el entusiasmo de su alma. Tropezó en el desierto de la adversidad con la duda y el escándalo, con el crimen y la infamia, con el desaliento y la apostasía, y los rechazó y avanzó hacia las regiones del Amor, sin dudar y sin mentir, sin temer y sin blasfemar. Trabajó como ardiente y buen Obrero en la obra común, siguió las vías de la fraternidad, y edificó Templos a la virtud coronándolos con los emblemas de la libertad.

La Humanidad fue su sueño de Amor. Su lecho fue del peregrino, su mesa perteneció al hambriento, su traje sirvió al desnudo, su hogar amparó al desvalido. Amó a Dios en espíritu y en verdad: Hermano fue de sus Hermanos, amparo de los oprimidos, justicia de los desamparados, fortaleza de los débiles, fe para los escépticos, caridad para todo hombre. Brilló en el foro, pero más en el

hogar: la amaron los profanos, le respetaron sus HH.·.. Viejo por la madurez, joven por la edad, ha desaparecido de nuestra compañía y su cuerpo, oculto por la tiniebla de la destrucción, ilumínase por el fulgor de la predestinación. Terminada está su tarea y cerca de su obra los instrumentos de su trabajo. Labró su columna, y recibió su estipendio. Un crespón cubre el asiento que ocupó.

La Caridad le llora, la Masonería le echa muy de menos. Hermanos amados del alma, volved y volvamos el rostro hacia la región de las estrellas. Allí está el arco misterioso, allí la escuadra rutilante, allí el luminoso compás. Allí también mora el espíritu de nuestro Hermano. ¡Oh!, no olvidéis sus ejemplos, Masones de España. Seguid la vía que os trazó y contemplad las piezas de Arquitectura que dejó acabadas: inspiraos en sus planchas. Y cuando las espigas del desencanto destrocen vuestros pies y las hieles de la persecución acibaren vuestra alma y la prueba del martirio os abrume, levantad los ojos a lo alto, acordaos de él, y confortados y fortalecidos, volved a la cotidiana tarea. Las palabras de los hombres faltan, las de Nuestro Señor jamás. Acordaos de que nuestra obra es indestructible. Imitad las virtudes del que con nosotros transitó. Paz, paz y gloria a los que fueron. Paz, paz y amor a nuestro Hermano. Amor a su viuda y a sus hijos. Entusiasmo y vocación por nuestra sagrada Orden.



La última cosecha

El Agua es un elemento que ha revestido un aspecto sagrado en todos los tiempos y constituye, junto con Tierra y Fuego, el modo fundamental de la manifestación sensible. Está en todas partes, impregnada de una cualidad sagrada. Es el elemento del que surge la vida, que lava, que hace crecer y da vitalidad; es el elemento que contiene las formas bellas, las emociones y los sentimientos. Constituye un elemento común de todas las tradiciones primordiales y un símbolo para la mayoría de las religiones. Sumerios, egipcios, griegos...desde tiempos remotos el Agua viene siendo símbolo de vida, purificación y fuerza creciente.

El primero y el segundo día de Noviembre nuestras vidas no viven un día cualquiera. No me refiero a las celebraciones de la estadounidense y moderna Halloween sino a la existencia de una puerta que se abre entre cielo y tierra, la séptima de ocho puertas.

8 puertas y 8 fases que marcan el calendario de las antiguas poblaciones celtas. Rueda y Ritos ancestrales. 4 suceden en el cielo, solsticios y equinoccios, y 4 en la Tierra. 4 puertas que representan los acontecimientos lunares o terrenales (Sabbats Mayores) y que son el reflejo de los misterios celestes y astrales (Sabbats Menores). Lo que está Arriba está Abajo para que se cumpla el milagro de los mundos, el Macrocosmo y el Microcosmo: Imbolic, momento en que la semilla se encuentra en el vientre de la Madre Tierra, comenzando a moverse para germinar, la época en la que el invierno todavía cubre la tierra, pero la primavera se aproxima. Beltane, el comienzo de la temporada estival. Lughnasahd, la primera cosecha. Samahin, la última cosecha.



En nuestro Cristianismo respectivamente las candelarias, el 2 de Febrero, Santa Brígida o Virgen Negra, cuando el niño fue llevado por la Santa Madre la primera vez al templo. La Pentecostés con la venida del Espíritu Santo. La Asunción de la Virgen. La solemnidad de todos los Santos y la conmemoración de los difuntos.

Se abre una puerta, la séptima puerta. Una puerta que representa los efectos del equinoccio en la Tierra, la última cosecha, las horas de Luz y de oscuridad se igualan, creando una conexión mágica entre arriba y abajo, el velo que separa los dos mundos se hace más fino. Una puerta que precede la venida de la Luz, el Verbo de San Juan, regeneración, el comienzo de una nueva era u orden.

Beltane y Samahin forman una X. Representación del Hombre que en su máxima expresión es el ejemplo más armonioso entre cuadrado y circunferencia, entre el cielo y la tierra, entre la esencia terrena (cuadrado con centro en los genitales) y la divina (circunferencia con centro en su ombligo), proporción áurea.

Una X, la Cruz de San Andrés. La letra griega KHI, la inicial de Kone (el oro), de Krusos (el crisol) y de Kronos (el tiempo), tres palabras griegas en la base de la alquimia.

Dos triángulos se forman: uno de ellos con la punta hacia arriba. Número 3. El Triángulo Divino de Jean-Baptiste Willermoz que representa el equilibrio entre Tierra, Agua y Fuego (respectivamente Padre, Hijo y Espíritu Santo) con el elemento Aire en el centro, expresión del soplo divino, de la unidad divina, “Dios es el Centro y desde este Centro lo llena Todo”.

Sólo el Hombre activo y espiritual que alcanzará una perfecta armonía entre los elementos Fuego, Agua y Tierra, “un mixto ternario de tres sustancias simples o esencias espirituales denominadas Azufre, Sal y Mercurio”, podrá acercarse a la Divinidad.

Dos triángulos, el Vescica Piscis o reflexionando más allá por una parte la aspiración del mundo material hacia Dios, la perfección, lo divino y por otra el descenso espiritual en ayuda de una porción de humanidad con el ideal anhelado.

La séptima puerta en nuestro Cristianismo celebra la solemnidad de todos los Santos y la conmemoración de los difuntos que descansan en el Oriente Eterno. Lo que Juan describe como “una gran muchedumbre que nadie podía contar, de todas naciones, tribus y lenguas”. Cristianos de quienes ni siquiera por aproximación conocemos el número, para los que faltan días en el calendario. Por eso en este día se aglomeran en la gran fiesta en común. Enfermos, niños, madres de familias, albañiles, monjitas, gente que en vida parecía tan poco llamativa, gente vulgar y buena de todos los tiempos y todos lugares. Cualquiera que en cualquier momento supo ser fiel sin que a su alrededor se enterara casi nadie, cualquiera sobre quien, al morir, alguien quizá comentó en una frase: era

un Santo. Cristianos anónimos que a su manera, a escala humana, se parecían a Cristo.

Estos días han sido la ocasión de pedirles de interceder a nuestro favor. Ellos pueden interceder por nosotros, por sus méritos y afecto hacia nosotros.

Son estos días que lo de arriba y lo de abajo se acercan, sea para glorificarnos sea para condenarnos, las dos opciones residen en nosotros, blanco o negro, bien o mal. Bajo la atenta y velada mirada de Dios, corresponde a nosotros elegir las opciones entre una infinidad de posibilidades.

Todas las posibilidades se dan, pero sólo una será experimentada como real. ¿Cómo las elegimos?.

Por eso, la Orden, escuela de Virtud y Sabiduría, nos ayuda bajo el velo de los símbolos a llegar al Templo de la Verdad, a crear nuestra realidad, a reforzar nuestras Virtudes, a trabajar sobre nuestra Piedra Bruta y a conocernos a nosotros mismos. Contemplemos y reflexionemos sobre la parábola del Oráculo de Delfos *Gnosi Seauton* (conócete a ti mismo) y podremos ser Hombres de buen corazón, amando a Dios sobre todas las cosas y a nuestros prójimos como a nosotros mismos. Contemplando el Artículo Séptimo “Perfección Moral de Sí Mismo” de la Regla Masónica Rectificada: “Desciende a menudo hasta el fondo de tu corazón para escudriñar en él hasta los rincones más escondidos. El conocimiento de ti mismo es el gran eje de los preceptos masónicos. Tu alma es la piedra bruta que es necesario desbastar: ofrece a la Divinidad el homenaje de tus sentimientos ordenados, y de tus pasiones vencidas”.

Como se lee en la Carta de San Pablo a los Romanos “que la única deuda con los demás sea la del Amor mutuo: el que ama al prójimo ya cumplió toda la Ley. Porque los mandamientos: no cometerás adulterios, no matarás, no robarás, no codiciarás, y cualquier otro, se resumen en este: amarás a tu prójimo como a ti mismo. El Amor no hace mal al prójimo. Por lo tanto, el Amor es la plenitud de la Ley”.

Para hacerlo necesitamos ser hombres buscadores, perseverantes y sufrientes; necesitamos regar nuestra Rosa, y guiados por nuestra Fe, podamos aspirar al modelo de perfección hacia el que tratamos progresar, *Versatur in Templo Deus*.

Centrémonos pues en los antiguos valores de un tiempo, empezando a superar la actual crisis desde ahí, independientemente del credo de cada uno. Yo

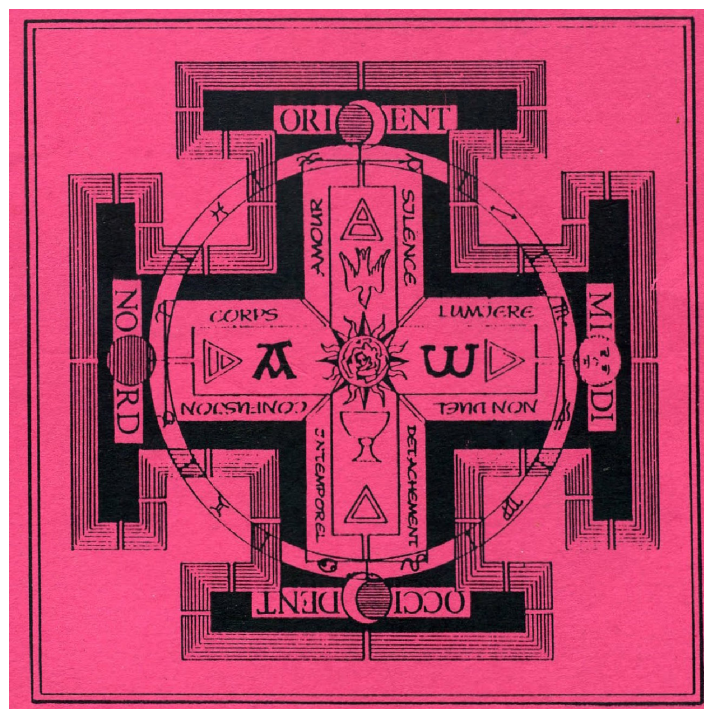
personalmente prefiero andar contra corriente, evitando las modas y las costumbres de la sociedad actual, en la cual todos los valores han caído en un profundo abismo.

Continuo mi camino y en los años que vendrán, en este periodo, repondré una mariposa en mi casa siguiendo una tradición que se va perdiendo. Sin descanso seguiré trabajando las virtudes amando y respetando los principios y los valores de nuestra Santa Religión Cristiana.

Reflexionemos sobre nuestro origen y destino, saber por qué se muere y porque hay una muerte que hace vivir, *Perit ut Vivat*, porque vivimos en la esperanza de una primavera, más allá de la muerte. Aspiremos a la Divina Semejanza, acerquémonos a la Divinidad y la Jerusalén Celeste, símbolo de perfección, de elevación y de reintegración con Dios.

Solo así, venciendo las pasiones, superando los prejuicios y sometiendo nuestra voluntad podremos convertirnos en Hombres Nuevos capaces de dar luz a los demás hombres.

“Eleva siempre que puedas tu alma por encima de los seres materiales que te rodean, y lanza una mirada plena de deseo hacia las regiones superiores que son tu herencia y tu verdadera patria”. Jean Baptiste Willermoz.



El GADU en el Rectificado

¿Qué nos dice la doctrina rectificada en torno al G.·A.·D.·U.·?. Para la Orden Rectificada el tema está claro: el Gran Arquitecto del Universo es Dios, y en particular el Dios Uno y Trino de los cristianos, que es Padre, Hijo y Espíritu Santo, Uno en Tres Personas. En la masonería que denominamos operativa, para la humanidad de esa época, el tema era así mismo sumamente claro, se trataba del Creador, del sumo Hacedor de todas las cosas, el que en el Génesis del Antiguo Testamento aparece como Creador de toda la Creación y que una vez la hubo hecho, vio que era buena.

La cosa se complica a partir de la implantación progresiva de lo que se conoce como masonería especulativa, en que el hombre de ese momento, influenciado por el giro tomado por el Renacimiento y sus consecuencias que había desplazado la figura de Dios del centro de su mundo y quehacer diario, sustituyéndolo progresivamente por un humanismo cada vez más acentuado, dejó de poner el acento en Dios para ponerlo en el pensamiento humano. Lo que hasta no hacía mucho había constituido la razón de su existencia, pues todo cuanto hacía estaba orientado a Dios, pasa a ser cuestionado, especulando sobre ello. Quizá el propio nombre de nuestra masonería actual, masonería especulativa, nos dé la clave al problema que en la actualidad, para algunos masones, este Principio ordenador de todo -que para nosotros es Dios, Gran Arquitecto del Universo-, para ellos esté abierto a múltiples interpretaciones, tantas como la mente humana sea capaz de concebir. Es el tema del progresivo alejamiento del hombre de Dios.

Para la Orden Rectificada, nacida precisamente como una Reforma de la masonería especulativa, la presencia de Dios, Gran Arquitecto del Universo, es una realidad soportada por la fe. Los candidatos, lo primero que hacen cuando entran en la Orden Rectificada es jurar fidelidad a la Santa Religión Cristiana (que previamente nos hemos asegurado que profesen libremente), y ello lo hacen arrodillados y poniendo su mano derecha desnuda (la que compromete) sobre el Evangelio de San Juan y la espada. “Prometo sobre el Santo Evangelio”, dice el candidato, significando la espada “la fuerza de la fe en la Palabra de la Verdad”, y todos los compromisos que tome en su futura carrera masónica y caballeresca lo hará sobre el mismo Libro. La presencia del Gran Arquitecto del Universo y de Dios está presente en todo y por todo lo largo de toda su carrera. Por otro lado, la Regla Masónica, presente como anexo al Ritual de Aprendiz, en su Artículo Primero, comienza recordándole al nuevo Aprendiz Masón cuáles son

sus deberes con Dios y la Religión. La tradición y la doctrina cristianas es la base sobre la que se levanta la Orden Rectificada, animándola y dándole vida. Si extraemos el cristianismo del Régimen Escocés Rectificado entonces tendremos otra cosa, tan poco clara, tan poco definida como el resto de masonerías, que pueden ser tantas como el pensamiento humano guste y sea capaz de concebir. Todos nosotros, para llegar a ser masones Rectificados, hemos de haber sido bautizados antes, anteponiendo nuestra condición de cristianos a la de masones, entendiendo precisamente que nuestra condición de cristianos da sentido a nuestra condición de masones y no al revés. Para nosotros, la masonería no media entre Dios y el hombre; no actúa como filtro modulador o depurador, sino que nuestra condición de hijos de Dios y hermanos en Cristo, junto a la coherencia con dicha filiación actúa en la construcción de este Templo que los Masones Rectificados levantamos a la Virtud.

Este contacto directo sin mediación alguna queda reflejado cuando ponemos nuestra mano derecha desnuda sobre el Evangelio, mientras que en otras Obediencias y sistemas masónicos veremos que el juramento (que no se toma siempre sobre el Evangelio de San Juan) entre la mano y el Libro, se pone normalmente la escuadra y el compás masónicos, quedando reflejado que en dicho compromiso la masonería actúa de mediadora. En nuestro caso, los útiles masónicos simbólicos por excelencia como son la escuadra y el compás están muy presentes en el altar, pero justo al lado. No se interponen entre la mano y el Evangelio, o Biblia, contrariamente a lo que sucede en todos los otros Ritos sin excepción. Se podría deducir de esto, para sacar la lección de esta diferencia que no es anodina sino todo lo contrario de importancia capital, que en los otros Ritos la Masonería es el intermediario entre aquel que se compromete y Dios, que la Masonería es el instrumento de este juramento. En el Rito Escocés Rectificado, no. El único intermediario es la fe de aquel que se compromete, a lo que a propósito de ello la instrucción moral añade, como continuación de la fórmula ya citada, esta precisión: “la fe, sin la cual, la Ley sola no sabría cómo conducir al Masón a la verdadera Luz”.

En nuestro Rito Escocés Rectificado la masonería no es la intermediación necesaria que reúne el hombre a Dios; sino que es la consecuencia que resulta de la adhesión íntima previa del hombre a Cristo. Y esto lo cambia todo.

Y una aclaración necesaria. La doctrina rectificada no puede ni debe estar por encima de la doctrina cristiana que le da base y constituye su referente. Es lo que en terminología jurídica se entiende como ley de rango superior y ley de rango inferior; la segunda siempre estará supeditada a la primera y nunca, en ningún caso, puede contraponerse a la misma. La doctrina rectificada nunca

puede interpretarse como contradiciendo la doctrina cristiana, porque sería lo mismo que pidiéramos a alguien que dejara de ser cristiano para llegar a ser masón. Sería un contrasentido, ¿cómo podemos pedirle a aquel, cuyo primer compromiso con la Orden ha sido precisamente jurar fidelidad a la Santa Religión Cristiana, que falta a su compromiso?. Sería tanto como incitar al perjurio.



Los Grados

Al igual que todos los demás ritos que se trabajan en la masonería regular, los primeros tres primeros grados que conforman el Régimen Escocés Rectificado son los de Aprendiz, Compañero y Maestro, que constituyen la denominada Masonería Azul. Este Rito ha preservado en su simbolismo los rasgos cristianos de los antiguos rituales masónicos de los constructores de las catedrales.

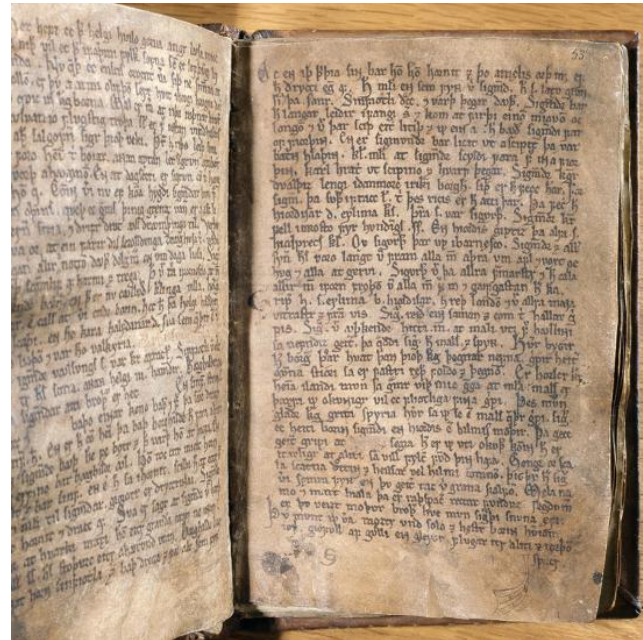
Por eso, desde su fundación, sólo admite cristianos en sus logias. Uno de los textos masónicos más antiguos de cuantos se conservan, un poema de 794 versos conocido como el *Manuscrito Regius* que data de 1390, señala que "el que quiera conocer este oficio y abrazarlo debe amar a Dios y a la Santa Iglesia" y explica incluso como comportarse en los oficios religiosos.

La esencia del Régimen Escocés Rectificado entronca con uno de los ejes fundamentales del Cristianismo: el de la imagen y semejanza.

El hombre es un ser degradado tras la caída de su estado original glorioso; la iniciación le permite avanzar en su reintegración a su estado primitivo. Una idea de una perfecta ortodoxia que recorre todo el Régimen desde la Primera Divisa del Primer Grado: "El hombre es la imagen inmortal de Dios; pero, ¿quién podrá reconocer la belleza de esa imagen si él mismo la desfigura?".

La Fórmula del Juramento no deja lugar a dudas sobre el compromiso que adquirirá un candidato al iniciarse masón en las logias rectificadas: "prometo sobre el Santo Evangelio, en presencia del Gran Arquitecto del Universo y me comprometo con mi palabra de honor ante esta respetable asamblea a ser fiel a la Santa Religión Cristiana...".

La Masonería Rectificada participa también de la tradición cristiana de la Regla, común en las comunidades monásticas y caballerescas, cuyo fin es lograr la abertura al Espíritu mediante la fijación de costumbres y principios aplicables



Manuscrito Regius

en el marco de la vida cotidiana. Los nueve artículos de la Regla Masónica al Uso de las Logias Rectificadas son entregados al nuevo masón tras su iniciación para que su lectura meditada le ayude a penetrar por las vías que le son abiertas.

La Respetable Logia trabaja estos tres grados bajo los auspicios de la Gran Logia de España, garante en nuestro país de la regularidad masónica internacional. Los orígenes de esta regularidad arrancan el 24 de junio de 1717, día de San Juan, con la fundación de la Gran Logia de Londres. En 1723 vio la luz su nueva Constitución elaborada por el pastor presbítero James Anderson en la que la espiritualidad de los gremios de constructores que elevaron las catedrales de la Cristiandad fue sustituida por una libertad de creencias acorde con la religión natural. La Constitución recuerda que "todo masón está obligado en virtud de su título, a obedecer la ley moral; y si comprende bien el arte, no será jamás un estúpido ateo, ni un irreligioso libertino". Sin embargo, añade que "así como en tiempos pasados los masones estaban obligados, en cada país, a profesar la religión de su patria o nación, cualquiera que esta fuese, en el presente nos ha parecido más a propósito el no obligar más que aquella en la que todos los hombres están de acuerdo, dejando a cada uno su opinión particular: a saber, ser hombres buenos y verdaderos, hombres de honor y probidad, cualquiera que sea la denominación o creencia con que puedan distinguirse".

Este giro fue la causa de la ruptura entre los Antiguos y los Modernos y que se prolongaría hasta 1813, cuando los Antiguos Principios acerca de Dios y la Religión se convirtieron en la pieza central de la reconciliación simbolizada con el nacimiento de la Gran Logia Unida de Inglaterra, en la que se modificaron las Constituciones de Anderson para afirmar la existencia de la Providencia y la Revelación. Este principio irrenunciable, que está en el origen de la Masonería, llevó en 1877 a la retirada del reconocimiento al Gran Oriente de Francia, que eliminó en sus rituales la frase "ella tiene por principios la existencia de Dios y la inmortalidad del alma", además de toda referencia al Gran Arquitecto del Universo. La Gran Logia Unida de Inglaterra justificó su decisión afirmando que "la creencia en Dios es la primera gran señal de toda verdadera y auténtica Masonería y fuera de esta creencia, profesada como principio esencial de su existencia, ninguna asociación está en el derecho de reclamar la herencia de tradiciones y de las prácticas de la antigua y pura Masonería".

En 1929, la Gran Logia Unida de Inglaterra reafirmó estos Principios Básicos para el Reconocimiento de una Gran Logia señalando que "la creencia en el Gran Arquitecto del Universo y en su voluntad revelada serán condición esencial en la admisión de sus miembros" y que "todos los iniciados deberán prestar votos de obligación sobre el Volumen de la Santa Ley".

El Cuarto Grado

El cuarto grado del Régimen Escocés Rectificado es el de Maestro Escocés de San Andrés. En origen, formaba un todo con los tres grados de Aprendiz, Compañero y Maestro, dentro de la Masonería Simbólica. En 1958, con el fin de adecuar la estructura de cuatro grados simbólicos a lo estipulado por las Grandes Obediencias regulares, que sólo reconocen los tres primeros, se resolvió desgajar este grado, que es administrado por los Grandes Prioratos. Es el caso de España, que sólo trabaja los tres primeros grados. Se trata de la misma solución adoptada en 1813 en Gran Bretaña, cuando los Antiguos, que también trabajaban cuatro grados, se integraron con los Modernos. En su caso, el cuarto grado dio origen al llamado Arco Real, que guarda ciertas similitudes con el de Maestro Escocés de San Andrés.

El grado de Maestro Escocés de San Andrés actúa como puente entre el Simbolismo y la Orden Interior. Las Actas del Convento de Wilhelmsbad de 1782 apuntan claramente este carácter: "Como en casi todos los regímenes se encuentra una clase Escocesa, cuyos rituales contienen el complemento de los símbolos masónicos, hemos juzgado adecuado conservar una en el nuestro, intermedia entre la orden Simbólica y la Interior".

Este grado está asociado a la Muy Anciana y Noble Orden de San Andrés del Cardo, la orden de caballería por excelencia de Escocia, que toma el nombre de su patrón y emblema nacional. Aunque se desconoce la fecha original de su fundación, su versión moderna opera ininterrumpidamente desde 1687, cuando fue instituida por Jacobo VII de Escocia y II de Inglaterra.



Banderas de los Caballeros del Cardo en la catedral de St. Giles. Edimburgo.

La leyenda escocesa de la masonería remonta su fundación al menos cuatro siglos. Tras la disolución del Temple en 1307, Henry St. Clair, barón de Rosslyn y Gran Maestro de la Masonería Operativa Escocesa, dio cobijo a un numeroso grupo de templarios. El 24 de junio de 1314, día de San Juan, 432 de estos caballeros apoyaron al rey Roberto I de Escocia en la Batalla de Bannockburn,

en la que las tropas de Eduardo II de Inglaterra fueron derrotadas tras 20 años de anexión inglesa. Como recompensa, Roberto I reconoció oficialmente la Orden de San Andrés del Cardo para refugio y transmisión del depósito templario.

En 1689, Jacobo VII de Escocia fue acogido en Francia tras la entronización de Guillermo de Nassau. Con él habrían llegado al continente la Orden de San Andrés del Cardo y sus antiguos secretos.

Orden Interior

El Régimen Escocés Rectificado se completa con la Orden Interior ligada a la caballería medieval, al hombre que rechaza la corrupción del ambiente y somete su vida a un ideal tras ser armado caballero. El masón rectificado aspira a convertirse en señor y sirviente. Señor de su montura, que no es otra que él mismo y los medios a su alcance, y sirviente de las virtudes que ha conocido y estudiado como masón y ahora jura practicar.

El caballero no será modelo sin falta, pero conoce el valor de la lucha en lo pequeño, donde el corazón se fortalece. Porque lo grave no es que quien luche caiga, sino que permanezca en la caída.

La Orden Interior se compone de dos etapas. Escudero Novicio, calidad que se concede por ceremonia de investidura, es preparatoria y transitoria. De hecho, puede llegar a perderse. La segunda, Caballero Bienhechor de la Ciudad Santa (CBCS) se confiere mediante ceremonia de armamento.

La filiación caballeresca de la Masonería fue claramente enunciada el 21 de marzo de 1736 por el caballero escocés Andrew Michael Ramsay, que pronunció un célebre discurso en París con el que difundió la leyenda que une la Masonería con la época de las cruzadas. El sistema de Ramsay, católico, doctor honoris causa por la Universidad de Oxford, miembro de la Royal Society y preceptor del príncipe Carlos Estuardo, añadía a los tres grados gremiales los de escocés, novicio y caballero templario.

A partir del discurso de Ramsay se inició una ola de fantasía caballeresca en el continente que en 1782 había producido ya más de 400 altos grados. En ese mismo año masones de todas las naciones de Europa acudieron a Wilhemsbad a celebrar un convento para aportar cuantos documentos tuvieran en su poder para examinar la legitimidad de estos ritos y de la supuesta filiación con el Temple.

En el convento se impuso, con ligeras variaciones, el Régimen Escocés Rectificado que ya había quedado fijado en el Convento de las Galias, que tuvo lugar en Lyon en 1778. El régimen, defendido en Wilhemsbad por Jean-Baptiste Willermoz, planteó la renuncia formal a la filiación histórica con la Orden del Temple, pero no a la filiación espiritual: "La Orden de Caballería [...] establecerá o conservará una conexión [...] como sucesores, no de sus posesiones sino de sus conocimientos, o como predecesores [...] puesto que los Caballeros de la Ciudad Santa, pobres y existiendo por su propia voluntad, han precedido, en la misma Orden, a los Caballeros Templarios convertidos en ricos y poderosos. Ya que es esa Orden rica y poderosa la que fue extinguida y no la Orden primitiva pobre y sin apoyo".

En esa línea, las Actas Finales del Convento de Wilhemsbad señalan que los masones "no estamos suficientemente autorizados para proclamarnos los verdaderos y legítimos sucesores de los templarios" sino que "parece más verosímil que la iniciación masónica, más antigua que esta Orden, fuera conocida por varios de estos caballeros" por lo que "hemos decidido que esas relaciones sean conservadas en una orden ecuestre" que "conservará en definitiva esta caballería cristiana, una cruz, una vestimenta uniforme, los nombres de orden y el anillo para reconocerse".

La Revolución Francesa truncó a partir de 1789 el desarrollo del Régimen Escocés Rectificado, que desapareció definitivamente de Francia en 1857. En el país galo se impuso el Rito Escocés Antiguo y Aceptado, que aunque comparte raíces como el escocismo, no está adherido a la mística cristiana, por lo que fue utilizado durante la progresiva secularización que la Orden sufrió en Francia y que terminó con la ya mencionada retirada del reconocimiento al Gran Oriente de Francia por parte de la regularidad masónica internacional.

El depósito de la Tradición pervivió en Suiza, al abrigo del Gran Priorato Independiente de Helvetia, que había sido fundado en 1779 y es el generador común de todos los Grandes Prioratos existentes en la actualidad, como el Gran Priorato Rectificado de España.

El Régimen Escocés Rectificado llegó a España al amparo de la Gran Logia de España, representante oficial en nuestro país de la regularidad masónica internacional, en 1989. Desde entonces se preserva su depósito iniciático. Al igual que otras sociedades tradicionales, la Masonería ha sufrido a lo largo de su historia diversos intentos bienintencionados por abrirla a la sociedad, por adaptar sus rituales a los tiempos, incluso en el seno de las Grandes Logias Regulares. Los masones rectificados creemos, sin embargo, que la Masonería es ya un todo

completo, una vía iniciática capaz de ofrecer al cristiano que se acerque a ella un camino de realización espiritual.



La obra de Willermoz

¿Qué pensar de Willermoz y su obra?. Su obra, en despecho de todo, sobrevive. Dos veces la hemos vista desfallecer, pero desaparecer nunca; primero durante la Revolución, después en mitad del penúltimo siglo; y las dos veces ha renacido de sus cenizas, tal como el fénix que es el emblema del Régimen Rectificado.

Nosotros, los masones rectificados, vivimos en esta obra. Ella nos transmite una doctrina de la iniciación masónica, intrínsecamente ligada a la naturaleza y destino del hombre: su naturaleza originalmente gloriosa, su caída, y su destino final no menos glorioso que su origen. Doctrina en acuerdo con el cristianismo que le es connatural. Y es que, para este tipo de iniciación masónica, el cristianismo es una necesidad metafísica, lo que nos permite vivir la plenitud del proceso iniciático en la plenitud de la fe. Esto es un bien precioso y, aunque sólo sea a ese título, Willermoz tiene derecho a nuestra gratitud.

También se la debemos por haber puesto en pie, con una tenacidad digna de admiración, este Régimen que es el nuestro, tan asombroso y sutilmente dispuesto; y por otro lado, por haber elaborado y redactado unos rituales de una gran fuerza, así como unas instrucciones de una riqueza inagotable para aquel que sabe estudiarlos y meditarlos.

La doctrina que los rituales e instrucciones nos transmiten no es de Willermoz, eso es cierto, y por otra parte él jamás lo pretendió; pero ha sabido expresarla admirablemente con una ciencia de exposición gradual, y con un asombroso talento pedagógico. Éste estalla plenamente en la *Las instrucciones a los Grandes Profesos* de las que citaremos solamente a título de ejemplo el principio:

“Si el hombre se hubiera conservado en la pureza de su primer origen, la iniciación nunca habría tenido lugar para él, y la verdad se ofrecería sin velo a su mirada, puesto que nació para contemplarla, y para rendirle un continuado homenaje. Pero después que desgraciadamente descendiera a una región opuesta a la luz, es la verdad misma que lo ha sometido al trabajo de la iniciación ocultándose a sus búsquedas [...].

Esta primera iniciación, fundada sobre la degradación del hombre y exigida por la naturaleza misma, fue el modelo y la regla de aquella

que establecieron los antiguos Sabios. La Ciencia de la que eran depositarios era de un orden muy superior a los conocimientos naturales, y no pudieron desvelarla al hombre profano sino después de haberlo fortalecido en la vía de la inteligencia y la virtud. Con este propósito sometieron a sus discípulos a rigurosas pruebas, y se aseguraron de su constancia y de su amor por la verdad, ofreciendo a su inteligencia jeroglíficos o emblemas difíciles de entender. He ahí lo que hemos querido figuraros, mi querido Hermano, en los grados de la masonería, por medio de los trabajos alegóricos que os hemos exigido.

Así el hombre, que podría conocerlo todo si nada lo separara de la verdad, se encuentra sometido por su cuerpo a percibir solamente apariencias sensibles e ilusorias. Tiene facultades infinitas, pero se ve privado de los medios para hacer uso de ellas, al estar alejado de todos los seres verdaderos del universo sobre los que debería manifestarlas. De suerte que con un deseo irresistible de dominio y de disfrute, no ve alrededor suyo más que resistencias y límites, y que, en ese estado, todos los objetos que puede percibir son finitos y limitados, no encontrando ninguno adecuado a un ser que sólo puede contemplar lo infinito.

Ahora bien, si ninguno de los individuos de la Naturaleza no ha recibido del Creador más que facultades relativas y proporcionales a su rango en el universo, es difícil para aquellos que contemplan al hombre -sin prejuicio de no reconocer, conforme a las tradiciones religiosas- que el hombre no está en la actualidad en su lugar natural, y que las facultades espirituales divinas que en él se manifiestan, deberían ejercerse sobre seres superiores a las cosas materiales y sensibles, sin lo que sería el más inconcebible de los seres.

He ahí, mi querido Hermano, lo que debíamos decirnos respecto a los derechos primitivos del hombre y su posterior degradación que lo hace indigno actualmente para acercarse al santuario de la verdad.

Esta doctrina, habiendo sido desde siempre la base de las iniciaciones, los Sabios que estaban perfectamente instruidos sobre ella, pusieron un especial cuidado en enseñarla a sus discípulos, como podemos ver por la gran cantidad de lustraciones y purificaciones de todo género que exigían de los iniciados; y sólo después de haberlos preparado de ese modo les descubrían el único camino que puede conducir al hombre a su estado primitivo y restablecerlo en los derechos que había perdido.

He aquí, mi querido Hermano, el verdadero, el único objetivo de las iniciaciones”.

Desde hace largo tiempo, la manera utilizada para hablar de Willermoz -y eso cuando se ha hablado de él- ha sido tomando un tono condescendiente y protector e incluso sarcástico y denigrante. Autores, si son masones, no son rectificadores y no se muestran aptos para aprehender desde su interior, por así decirlo, la altura y la extensión tanto de sus concepciones como de sus realizaciones. Hoy se empiezan a olvidar esos prejuicios y a cambiar de opinión. Con este motivo tendremos el placer de citar a Antoine Faivre, eminente especialista universitario en cuestiones de hermetismo y de esoterismo, al mismo tiempo que uno de los mejores conocedores del interior del Régimen Escocés Rectificado: “Podemos decir que él [Willermoz] alcanza un alto grado de espiritualidad y que su amplitud de miras es poco común. Se muestra dotado tanto para la meditación como para la iluminación interior como para la organización o la administración. La Revolución estuvo a punto de ser fatal para su obra; pero aun así se le ha considerado siempre como uno de los más grandes personajes de la historia masónica...”.

Creemos que la duda no está permitida. Willermoz es un patriarca de la Masonería, y no tanto a causa de su excepcional longevidad, sino porque ha jugado para la Masonería el mismo papel que, para el pueblo elegido, los patriarcas bíblicos.

Hablar de Jean Baptiste Willermoz es hablar de un masón de una envergadura excepcional, de los que no se encuentran muchos en un siglo. Es, sin lugar a dudas, una de las personalidades más eminentes y más considerables de la historia de la Masonería (sobre todo de la masonería francesa, aunque no únicamente de ella) y que ejerció sobre su evolución una influencia determinante. Verdadero padre fundador del Régimen Escocés Rectificado, fue el arquitecto en jefe de un edificio que aún subsiste firmemente a pesar de sorprendentes vicisitudes. Iremos incluso más lejos. Al descubrir el texto de su gran intervención en la sesión del 29 de julio de 1782 del convento de Wilhelmsbad, hemos quedado realmente sorprendidos ante su fuerza metafísica verdaderamente fuera de lo común. De entre los escritores masónicos del siglo XVIII, podemos decir sin vacilar que es el único escritor metafísico, el único que desarrolla una concepción metafísica, es decir puramente espiritual y esotérica, y no solamente moral o social de la Masonería. Una concepción que contempla al hombre como un todo: su pasado, su presente y su porvenir, porque es relativa al ser del hombre, es una concepción ontológica. Una concepción que abraza la totalidad de los tiempos de principio a fin, y que se anticipa a René Guenon en

tanto que comporta la idea de una Revelación primitiva salida de una Iniciación primordial, de la que la iniciación masónica no es más que una modalidad: idea a su vez expuesta por Joseph de Maître en la noción de “cristianismo trascendente” y que expresa así en su *Memoria al Duque de Brunswick*:

“La verdadera religión tiene más de dieciocho siglos: nació el día en que nacieron los días. Remontémonos al origen de las cosas, y demostremos por una filiación incontestable que nuestro sistema aporta al depósito primitivo los nuevos dones del Gran Reparador”.

(Recordemos que el Gran Reparador es la denominación martinista de Cristo).

Finalmente, Willermoz nos ha legado dos soberbias aves. ¿Dos aves?. Sí, efectivamente: el Pelicano y el Fénix, símbolos respectivamente del grado Rosa Cruz (si es cierto que él no fue el autor) y del Régimen Escocés Rectificado. Y sabemos que, tradicionalmente, ambos simbolizan el Cristo, el primero en su amor que llega hasta el sacrificio de sí mismo, y el segundo en su resurrección e inmortalidad.



Cartas al H.º. Ajax

He aquí, en este conjunto de textos dirigidos en forma de carta al Hermano Ajax, la expresión del periplo personal de un Masón, del campo de la masonería Andersoniana al de la Tradicional.

En estas cartas somos muchos los que podemos sentirnos identificados, sobre todo si pertenecemos a la generación que ahora cuenta los cincuenta años de edad, fuimos educados durante el franquismo en un colegio religioso, tenemos un pasado comprometido socialmente y llevamos un tiempo en Masonería. Aquellos cuya inquietud por cambiar las cosas nos llevó hacia la Masonería, la mayoría, ingresamos en las dos únicas Obediencias por aquel entonces organizadas: la Gran Logia de España y la Gran Logia Simbólica Española; la primera, de corriente anglosajona, seria, y postulándose como la más extendida a nivel internacional; y la segunda, de llamada tendencia liberal.

La mayoría de masones de esta generación hemos tenido origen en estas dos Obediencias, luego, el tiempo y los desvaríos humanos y masónicos nos han llevado a nuestra realidad actual. El tiempo nos ha servido para buscar el ideal masónico del que habíamos oído hablar, sin haberlo encontrado -al menos en los términos que nos habíamos imaginado-, para buscar unos Maestros que no hemos encontrado, para desilusionarnos, para desencantarnos...

Ante esta situación, cada uno ha reaccionado de manera distinta: unos se han marchado a su casa, hastiados de todo; otros, han cambiado de Obediencia, saliendo y entrando...; otros, han encontrado una Obediencia con la que más o menos se encuentran identificados; otros, se han encerrado en sus Logias, tratando de estar al abrigo del desorden que los rodea, estudiando los símbolos con la esperanza de que éstos les respondan; otros, han permanecido, y permanecen, a la espera de que algo cambie en el panorama masónico, que aparezca alguien que ponga orden; y, finalmente, otros con capacidad para preguntarse, simplemente reflexionan.

Lo que aquí presentamos, a modo de relación epistolar entre dos Hermanos masones, es solamente eso: una reflexión. Una reflexión de alguien con un perfil como el descrito al comienzo, que cansado de buscar en todas partes, empieza a buscar en sí mismo, en sus orígenes y en su Tradición.

Somos muchos los que somos o hemos sido, o el Hermano Ajax o el Peregrino de Scala Dei.

Carta 1

Mi querido Ajax: hace ya bastante tiempo, tal vez demasiado, que deseaba hablarte con calma, sin discusiones entrecortadas por el amor propio (el más impropio de los amores) y, sobre todo, sin encastillamientos numantinos ni cálculos tácticos con regusto proselitista. Mientras estuvimos juntos en la misma obediencia masónica e incluso en el mismo bello rito -el REAA- apenas tuvimos espacio para hablar de temas que no fueran los de organización. Cuando decidí marcharme para iniciar plenamente mi andadura cristiana, hubo exceso de tensión y demasiado estar en guardia por parte de quienes fuisteis mis amigos de años y mis Hermanos por iniciación.

Hoy, en la distancia, puedo encomendar algunas reflexiones al papel, dirigidas a ti, pero también a todos los Hermanos -regulares o no- que han buscado en la masonería su ruta a la sabiduría suprema. Ignoro qué efecto tendrá lo que algunos masones tradicionales, cristianos, podamos escribir, pero de algo estoy convencido: cuando un hombre libre y de buenas costumbres, un buscador de la Verdad, llega a un callejón sin salida, suele asumir su error y reorientar su camino. Tarde o temprano, todo masón consciente debe situarse en una tradición sagrada que lo sea, sin mermas ni maquillajes modernos. Por eso emprendo hoy un epistolario nacido de mi propia experiencia, teórica y práctica.

Ambos hemos conocido la llamada regularidad inglesa y, con anterioridad, la masonería definida como liberal por unos e irregular por otros: nunca hemos acordado mucha atención a las superestructuras organizativas de los últimos siglos de masonería -la dilución promovida por Anderson y Desaguliers- y siempre estuvimos convencidos que de aquel diluvio antitradicional no escapó nadie indemne. Ese es mi cambio actual: hubo otra vez Arca de Noé, continuidad tradicional masónica, pero en la época moderna los nuevos noaquitas son pocos, denostados o simplemente pasan desapercibidos. Me ha costado años de práctica masónica, años de una maestría encharcada en el andersonismo en todas sus variantes, para entender que la dirección era errónea. Te hablaré con calma de todo esto, Ajax, y confío que me leas sin restricciones mentales, menos acorazado de lo que en ti -como viejo militante- es habitual: el alejamiento puede tener efectos balsámicos sobre nuestras agitadas almas.

Empecemos por el principio: René Guénon

Sin duda, muchos de los masones de vocación realmente tradicional no lo seríamos sin haberle leído antes. En aquél insólito autor, muerto en El Cairo en 1951, y que nos dejó en herencia sus trabajos sobre el dualismo moderno, sobre la necesidad de iniciación, sobre las doctrinas hindúes o sobre el simbolismo, nosotros redescubrimos la sacralidad del mundo y la diversidad de caminos o formas tradicionales para regresar al origen único de la Realidad. Durante décadas, Guénon nos ha sido una referencia vital.



Procedentes del ámbito universitario, a veces con largos trayectos políticos, bien pertrechados teóricamente -al menos así lo creían nuestros egos-, llegábamos a la madurez con demasiado desasosiego: la lectura de *La crisis del Mundo moderno*, la de *El hombre y su devenir según el Vedanta* y la de los *Aperçus sur l'initiation* hicieron que cada uno, desde su pequeño espacio profano, acudiera expectante al umbral del Templo masónico. Nos cercioramos de que nuestras iniciaciones fueran válidas, en rito y en transmisión, de que las logias a las que acudíamos fueran “justas y perfectas”, aunque la ideología de sus miembros fueran republicana, meramente asistencial o de simple compadreo. Y seguimos leyendo al maestro Abdel Wahed Yahya (nombre sufi de Guénon), su defensa de la masonería como último reducto iniciático occidental -aunque señalando su empobrecimiento moderno- y sus cartas sobre el agotamiento del Occidente tradicional y la conveniencia de una nueva élite formada con apoyo de tradiciones orientales.

En los años de recuperación masónica en nuestro país se han formado logias de inspiración guenoniana, fuera y dentro de la regularidad, y en su seno han habido sectores cristianos, musulmanes e incluso neoherméticos. Han sido logias notorias por su potencial erudito, por las esperanzas que han suscitado cada una en su momento, aunque también, por desgracia, por su capacidad de disensión y

confrontación internas. La referencia para casi todos los intentos -nosotros hemos vivido más de uno- era *La Grande Triade*, constituida en 1947 en la GLDF con la venia de Guénon desde su retiro musulmán cairota. Olvidamos, por lo general, que esa logia duró poco porque cristianos, musulmanes y no adscritos no lograron ponerse de acuerdo ni siquiera en los de admisión; y durante mucho tiempo también, tratamos de orillar el hecho de que Guénon pensaba que el destino más deseable de un masón tradicional sería una tariqa sufi, como las de Schuon, Valsan o Negroponte. Las razones eran claras: la masonería, siendo iniciación de oficio apenas alcanzaba -en el mejor de los casos- a los Misterios Menores, mientras que sólo islam o hinduismo podían ofrecer una realización espiritual plena. ¿Para qué, pues, empecinarse en una vía incompleta?

Por supuesto, Palingenius-Guénon sabía que la virtud de la masonería superviviente de la crisis del siglo XVIII era su carácter occidental, su viejo arraigo en el continente europeo, además de la conservación de rito y símbolos. De algún modo, ya otros cheikhs norteamericanos como And El Khader, se iniciaron masónicamente tanto para fortalecer en su seno al sector tradicional como para familiarizar a los masones europeos con el islam iniciático, el sufismo en cualquiera de sus turuq o escuelas de sabiduría. ¿Fue táctica o convicción, que Guénon se preocupara toda su vida de la masonería, en artículos y cartas?. Sin duda, Ajax, ambas cosas: táctica, ya que los mejores acabarían saltando desde el trampolín masónico a islam o hinduismo, pero también convicción ya que la riqueza simbólico-ritual de la orden de los constructores seguía siendo un faro para occidentales inquietos.

Ahora bien, la insistencia machacona del cheikh Abdel Wahed Yahya en el carácter truncado, incompleto y además degenerado andersonianamente del mundo masónico, ha sido una invitación permanente a dar un “paso más” hacia una forma tradicional con metafísica incluida. La deserción guenoniana de las logias o su permanencia en ellas por razones tácticas ha sido, pues, una constante. Apenas el sector cristiano del guenonismo (Roman, Reyor, Tourniac, Var) ha mantenido una lectura positiva de la visión de Guénon sobre la masonería: y era lógico, porque el cristianismo no tiene más iniciación -con la salvedad de los ortodoxos- que la masónica. ¿Una iniciación enana?.

La respuesta exige un repaso rápido sobre la decadencia occidental. Todos convenimos en que el siglo XIV marca la derrota general de las corrientes tradicionales de Europa: la eliminación -sin un sólo argumento doctrinal- de los templarios, culmina el ascenso feudal y burgués que ya había maniatado a los franciscanos, perseguido a los valdenses y exterminado a los cátaros, y expresa el sometimiento de la Iglesia a los poderes regios y aristocráticos. No cabe duda

de que sin esa derrota previa, el mundo moderno no habría tenido las manos libres para perseguir las tradiciones en su seno y eliminar cuantas ha podido en el resto del planeta, en quintos años de locura dualista homogeneizante. Y te pregunto a ti, Ajax, y a otros viejos trotskistas: ¿el cristianismo pasó definitivamente al lado de la contra-tradición?. De ser así, ¿qué sentido tiene seguir yendo a misa y acceder a los sacramentos, como tú y otros masones filósofos hacéis?.

Voy, pues, a la respuesta y seré claro. Guénon, nuestro Guénon, era casi analfabeto en cristianismo, y sus lecturas apenas fueron más allá del Dante de los Fideles de Amore. No leyó a Cusa o a Ficino, ni a Eckhardt ni a Areopagita, ni tampoco a Boehme y nada de Patrística. No lo hizo, pese a ser de familia católica, porque a los 20 años ya estaba iniciado en masonería y sufismo, además de haber recorrido intensamente los oscuros ambientes teosofistas y neotemplarios, pero su profundización en la doctrina cristiana se limitó a ciertos símbolos (Grial-corazón) y su criterio sobre la Iglesia católica osciló entre considerarla el último baluarte de Occidente (*Crisis del Mundo moderno*, edición 1946) y negar cualquier atisbo iniciático en ella desde la disolución del Temple: cabe preguntar cómo ha podido sobrevivir exotéricamente una Iglesia que -a juicio de Guénon- perdió su función esotérica ya en los primeros siglos de nuestra era. Te lo diré con más nitidez: sin nuestra mala educación católica de infancia, probablemente ninguno de nosotros estaría hoy en una vía tradicional tan occidental como la masónica: puede que fuéramos todavía ateos o budistas, pero seguro que no masones. Y Guénon lo sabía: por eso, tácticamente insistió en la función iniciática de una masonería que juzgaba andersoniana y, por tanto, degenerada en su conjunto. Para él, se trataba del trampolín masónico.

La cuestión axial: andersonianos y tradicionales

Formado de modo autodidacta, con una mente privilegiada y un espíritu “pneumático” -como Schuon diría de él- Palingenius-Guénon fue un magnífico conocedor de la masonería moderna, como lo prueban sus trabajos compilados en los *Études sur la Francmaçonnerie et le Compagnonage*. A su juicio la reforma deista de la masonería por el pastor Anderson y sus compañeros ilustrados afectó a toda la Orden: nadie escapó de ello, ni siquiera los posteriormente autodenominados Ancients, que acabarían en 1813 fusionando a los Moderns a cambio de ciertas recuperaciones rituales, ya que doctrinales. Cuando Guénon se refiere al RER es para reprochar sus cambios en el ritual, y negarle la sucesión de los Élus Cohen del Universo, ya que Martínez de Pasqually era para él un “enigma”, del que desconocía su silsilah, su línea de transmisión. Lo que Guénon no alcanzó a ver era que toda la fundamentación

doctrinal de Martínez era cristiana, con indudables raíces judaicas, y que las cúspides metafísicas no se hallan meramente extramuros sino en el seno mismo de la tradición occidental. En la práctica, la masonería se ha mantenido durante siglos como el tuétano esotérico de la tradición cristiana en el Oeste de Europa.

Repitiendo el error del cristianismo -conocimiento superficial- Guénon tomó al andersonismo en sus variantes inglesa y continental como la masonería real, la única superviviente. Como tantos han hecho luego -y nosotros no hemos sido la excepción-, centró su atención en las divergencias Moderns-Ancients, interpretó la Orden Cohen como un intento aislado y fallido. Así, se imposibilitó para seguir el trayecto de los masones tradicionales que, desde Francia y Alemania hasta Escandinavia, forjaron la Estricta Observancia, rectificaron el andersonismo, retomaron la doctrina cristiana, asumieron la herencia caballeresca y reconocieron como inspiración la perspectiva metafísica de Martínez de Pasqually. Lejos de cualquier deriva individual mística, a lo Louis-Claude de Saint-Martin, Willermoz y el conde de Maistre rectificaron la masonería moderna desde las únicas bases posibles en Occidente: la tradición cristiana. Esta ha sido la segunda gran debilidad de la obra de Guénon (Cheikh Abdel Wahed Yahya): un desconocimiento comprensible de la masonería de tradición, si se parte con él de la definitiva incapacidad de la tradición cristiana.

Hasta aquí una breve ojeada a las posiciones de Guénon sobre cristianismo y masonería. Entremos ahora en las consecuencias. Nunca nos gustó, Ajax, que nos llamaran andersonianos: conocemos sus constituciones, y no nos gustan; conocemos las de Laurence Dermott, y nos parecen insuficientes respecto a los viejos textos medievales. Pero, ¿qué es una logia andersoniana?. Aquella en la que cualquier procedencia es posible, justamente porque es una logia masónica que -aunque manteniendo el ritual y el cuerpo simbólico constructivo- permite una diversidad doctrinal y una variedad de comportamientos sociales (ley, regla o shaira). Por eso la masonería andersoniana, o simplemente moderna, afirma carecer de dogmas...porque carece de doctrina, carece de cuerpo teórico, desde la metafísica y la cosmología hasta la simple ley cotidiana que permite funcionar a una sociedad tradicional. Por ello, las constituciones de las obediencias andersonianas -regulares o liberales- hacen hincapié en cumplir las leyes del Estado, porque las obediencias modernas carecen de otra ley: claro que sabemos que en una sociedad tradicional, la autoridad tiene sentido sagrado, y por lo tanto el respeto masónico moderno se limita a heredar eso, pero lo hereda de forma desvirtuada y profana.

El origen de esta amalgama de procedencias y, lo que es peor, amalgama de concepciones y prácticas, es la misma tendencia moderna a eliminar las formas

tradicionales en Occidente y en todo el mundo. Estoy de acuerdo contigo, Ajax, en que el hecho de la dilución masónica señala el estado de postración extremo en que se encuentra Occidente, tal y como insistió Guénon. El problema es que nosotros, tradicionales conscientes, estamos manteniendo esa esquizofrenia absurda de practicar un exoterismo -el católico en nuestro caso- y luego tener como vía de conocimiento una escuela iniciática que es acéfala pues carece de doctrina y además es coja, ya que ni siquiera dispone de una regla o ley tradicional (que al menos es lo que nos enseñan en las parroquias). Algo grave está sucediendo en estos siglos. Y lo peor es que nosotros, que pretendemos ser la avanzada de una nueva élite tradicional para Occidente, siguiendo al maestro de *Études Traditionnelles*, formamos parte de esa confusión espectacular. Por eso me fui del andersonismo, por eso abandoné a mis hermanos y amigos, por eso dejé atrás una de las mejores logias que los guenonianos han construido: no me alejé porque se hiciera mal el rito, ni porque los hermanos no fueran de excelente calidad, ni porque me incomodara tener a mi lado sufíes o hindúes, sino porque la logia estaba actuando como una cumbre ecuménica de religiones y no como un centro iniciático compacto, sólido y bien establecido.

Las modernas teologías: amalgamas y exotismos

El islam no precisa la masonería. Nuestros hermanos que trabajan en sus respectivas turuq (plural de tariqa) tienen ahí doctrina, rito y shaira, con un método propio para cada estadio iniciático. El hinduismo y el budismo tampoco precisan de la escuela iniciática occidental, ya que su teoría sagrada, sus métodos iniciáticos y sus ritos están claramente definidos. Lo mismo podemos decir del judaísmo, tradiciones amerindias o africanas, todas ellas activas pese a la continuada presión antitradicional de la modernidad en su etapa de globalización. Coincido con vosotros, y con Guénon, en que las tradiciones no occidentales -llamadas genéricamente orientales- se hallan en mejor estado que las nuestras (masonería y cristianismo o judaísmo), pero convendréis conmigo que la confusión y el desarraigo gana también terreno en ellas.

Cada forma tradicional es un radio que va desde el aro de la rueda a su centro inmóvil; muchos radios se quebraron para siempre, otros siguen aunque en mal estado: sin duda las tradiciones orientales han resistido mejor el avance del ciclo humano actual hacia su ocaso, pero cada radio es una ruta, un estilo, una manera de estar en el mundo para ir hacia la suprema Unidad. Los andersonianos, durante trescientos años, han procurado disolver todo lo que de tradicional le queda a Occidente, y lo han hecho con la mejor de las intenciones: se han proclamado universalistas menospreciando la propia tradición, han defendido la ley silenciando que ya no era una ley sagrada, y han buscado

rebajar al Gran Arquitecto a simple cáscara que puede rellenarse de humanismo y de vaciedad.

Querido Ajax, los andersonianos no son víctimas de la modernidad, son parte integrante y constructora de la modernidad, porque con ella disuelven y confunden. Quien no ha aprendido a amar a su propia tierra, su propia gente y su propia tradición, difícilmente podrá amar y aprender en otras regiones del conocimiento. Mi tradición está en apuros: los aristoi -los mejores- como tú, Ajax, se van a aprender sánscrito, árabe o tibetano. ¿Llegó ya la hora final, aquella en que los hijos de la Nueva Roma deberán abandonar las viejas tradiciones para acogerse al islam (a juicio de Gillis), como en la vieja Roma los paganos pasaron al cristianismo?. Estos interrogantes merecen respuestas individuales, pero también colectivas, logia a logia, sobre todo en aquellas en que se cree ser tradicional y por lo tanto no andersoniano. Pero insisto: si hay amalgama en las logias, se produce desorientación y se reduce la eficacia iniciática, al menos para aquella mayoría que carece de adscripción sólida en una forma tradicional; y si una escuela esotérica genera confusión, entonces su función es dudosa.

¿Un sufí puede ser ajeno al islam, Ajax?. es una pregunta retórica, porque los dos sabemos que ha habido casos individuales en la historia, e incluso que hoy algunas turuq pueden dispensar a algún occidental angustiado (Schuon lo permitió, con resultados lamentables). Lo normal es que quien vaya al sufismo haga previamente la shahada (profesión de fe) y que, en lo posible, aprenda la lengua sagrada del islam, el árabe, y tú lo sabes tanto por tu trayecto personal como por lecturas que hemos compartido (Meyerowitz, entre otras). Pues bien, lo que no es amalgama en la tradición que sobrevive en Occidente es masonería y cristianismo (y en cierto modo judaísmo), y curiosamente los únicos masones que desde el siglo XVIII no han hecho sincretismos antitradicionales son los rectificadores: Willermoz no fue un genio, como Martínez de Pasqually, pero solidez tradicional le permitió preservar la masonería más auténtica, la cristiana.

Algunos masones católicos han pasado al cristianismo ortodoxo, preocupados por la ley canónica de Roma, que les sitúa al margen de los sacramentos si se empecinan en mantenerse en la Masonería: evitan así abandonar sus bases doctrinales a cambio de adentrarse en una antigua variante cristiana, la de los Patriarcados de Oriente. Sin embargo, ese tipo de soluciones adolece de rigor, como casi todo lo que se ve afectado por el pensamiento moderno. ¿Desde cuándo la piel le dicta al corazón su quehacer?, ¿desde cuándo la pulpa del fruto le impone su maduración al hueso?. Tampoco la ley religiosa puede dirigir al esoterismo, si éste es fiel a sus principios: probablemente el

Papado nunca llegue a distinguir entre andersonismo y masonería de tradición, entre dilución moderna e iniciación tradicional. De Maistre no se inquietó por ello, ni antes lo hizo Martínez de Pasqually, ni hoy tampoco los hermanos rectificados que son de confesión católica. Si incluso tú, querido Ajax, con tu larga experiencia masónica, sigues confundiendo andersonismo y rectificado, e incluso crees que las logias de mayoría guenoniana no son andersonianas, ¿cómo vamos a reprocharle a la Iglesia de Roma su confusión entre masonería moderna y de tradición?

Un universitario occidental, iniciado en budismo, señaló que un rasgo característico de las culturas de Occidente era su propensión a teorizarlo todo, a racionalizar incluso la metafísica, lo cual definió como la propensión occidental a la “teología”. Pues bien, esa “teología” condujo en su tiempo a la Escolástica, más tarde a la Reforma y finalmente al humanismo ateo como sistema: demasiada “teología”, demasiada arrogancia mental, demasiada insensibilidad en el intelecto, que es la verdadera inteligencia del corazón. Nosotros nos hemos nutrido de la obra de Guénon, y eso nos ha devuelto al campo tradicional y nos ha librado de las más burdas tendencias del andersonismo, pero hemos pasado de la “teología” profana a la “sacra”, sin abandonar nuestra adicción a todo lo libresco y mental. Ya va siendo hora de desintoxicarse, querido Ajax, ya va siendo tiempo de que subordinemos nuestras lecturas a la vía silenciosa de nuestros corazones: una saludable desconfianza en nuestras múltiples “teologías” tal vez nos permita situarnos en el camino correcto, en aquel para el cual cada uno de nosotros está destinado: puede que sean caminos distintos, pero todos tradicionales, íntegros y sin mezcolanzas modernas. Hay que escuchar la voz del Intelecto, allí dando el Espíritu susurra su Paz: *In silentio et spe, fortitudo mea*, reza el lema rectificado.

Y hay que desechar, por inoperantes, los sincretismos del andersonismo, sus morales edulcoradas de buenos ciudadanos (sin eso podría ser peor, claro) y sus mestizajes modernos, que no son otra cosa que una nueva torre de Babel. Ciertamente, incluso en Babel estaba el Espíritu -¿cómo podría ser de otro modo?- y también en las logias modernas, pero cubierto por verdaderas caricaturas de la sabiduría tradicional: no, Ajax, Babel no es la solución, Babel es a veces la torpeza inevitable del grueso de la humanidad a finales del Kali Yuga, en las postrimerías de la Edad Oscura. ¿Vamos a celebrar Babel, alabando las virtudes superiores de las logias de amalgama, aquellas que son el resultado del descenso moderno, andersoniano?. Me sorprende no habernos siquiera dado cuenta, durante años, que el propio éxito internacional de la masonería andersoniana en los últimos siglos se ajusta de maravilla al predominio creciente de la vida profana, corresponde al imperio general de todo lo que es

antitradicional y opuesto al espíritu. Me asombra mi misma ingenuidad, al no haber entendido que la debilidad numérica rectificada y su mala prensa entre los andersonianos son lo más normal en la época moderna, ya que la tradición hoy genera disgusto e impropiedades. Pero lo que no se puede es resucitar cadáveres: o se está en la masonería de tradición, o más vale ir con paso firme hacia otras formas tradicionales.

Me consta que algunos hermanos, insatisfechos por las deficiencias andersonianas, han empezado a poner sus esperanzas en tradiciones orientales. Suele ser frecuente, desde hace años en Francia o Estados Unidos, que un masón andersoniano vaya hacia el sufrido o el budismo, e incluso que termine adoptando como única una de esas formas tradicionales. Aquí está ocurriendo lo mismo, porque la frustración generada por la impotencia restauradora de los guenonianos, les aboca necesariamente a otras vías de conocimiento: no hay peor amargura ni peor derrota que ver fracasar las ilusiones puestas en una logia voluntariosamente construida por buenos guenonianos, en el marco de mezcolanzas creado por el sistema andersoniano. La ignorancia del régimen escocés rectificado, el rechazo de los límites que impone a la diletancia moderna, explican que estos masones busquen en faros lejanos la pequeña luz que no logran vislumbrar en la propia casa. Es la hora de la huida, de las fugas hacia paraísos lejanos, de las piedras filosofales en senderos exóticos.

Como bien sabes, Ajax, todo lo que está fuera del verdadero camino, aquel que conduce a su meta al caminante, todo eso es literalmente ex-ótico (ex-odós, fuera del camino). Vivimos en la etapa del mestizaje moderno y creemos que los auténticos radios que llevan al centro de la rueda están en todas partes menos en nuestro hogar. Hay demasiado ruido, demasiada agitación mental, demasiado viaje físico, para sentir la pujanza que brota de nuestras viejas tradiciones, aquellas que nunca capitularon, pese a la defección de andersonianos y malos jerarcas exotéricos. Y el buen andersoniano de corte guenoniano se aleja hacia sendas exóticas, lejanas, en las que tardará quizá toda su vida para descifrar los mensajes más elementales, porque están en otras lenguas, otras culturas y otros ritos. tanto exotismo me parece moderno, poco fiable, manchado por la duda, ¿será un movimiento fruto de la necesidad espiritual del alma o quizá de su arrogancia “teológica”? Ojalá, querido aya, la Luz del Gran Arquitecto guíe los pasos de los honestos, en esta temible diáspora de los tradicionales de Occidente.

El RER: ¡Adhuc stat!

El lema rectificado de los aprendices es una columna truncada que, a pesar de la demolición, aún mantiene su base sólidamente instalada en el pavimento: pese a todo, se mantiene. Esa reflexión inicial acompaña toda la masonería de tradición. Nada que ver con las euforias banales de Anderson, ni siquiera con el puntillismo ritual de Dermott: la masonería de raigambre medieval supo desde el primer momento que el edificio había sido golpeado, sacudido e incluso parcialmente desmantelado, como las vidas de la humanidad tras la infracción adámica. Guénon, que ignoraba mucho del cristianismo, lo ignoró casi todo de la masonería cristiana, y en eso fue víctima involuntaria de su tiempo: habló de la inexistencia de Misterios Mayores, aunque admitió que podía haber rastros de vía metafísica en altos grados...andersonianos. El Rectificado ha hecho su camino entre la marginación y el vituperio, pero es la única masonería de raíz medieval que no renunció a la doctrina cristiana y que no desestimó las herencias iniciativas sacerdotales (Élus Cohen) o caballerescas (Temple): su jerarquía o régimen desborda lo constructivo (logias azules), afirma lo caballeresco (orden interior) y abre la puerta metafísica (profesos). Abdel Wahed Yahya (René Guénon) no tuvo tiempo para seguir esa ruta, ya que la suya pasaba por El Cairo: muchos emulan el ejemplo del maestro, pero a diferencia suya, ¿qué fiabilidad tendrán en su propia tierra, si ni siquiera la conocen?.

Mi muy querido y tenso Ajax: no estoy ni en la mejor ni en la mayor de las tradiciones vivas, y eso lo sé tan bien como tú. Pero siento la inmensa alegría del hijo pródigo, no por lo que tengo -que es poco aún- sino porque las puertas de la casa del padre se me han abierto de par en par, en lo esotérico y en la exotérico. Por fin, después de deambular por continentes y racionalismos, he vuelto a casa. Hacía años que no me sentía tan libre como ahora, quizá porque al regresar humildemente me he quitado la carga insoportable de la arrogancia, esa que neoherméticos y guenonianos hemos exhibido en demasía, como expresó un día Lanza del Vasto. Sigo fiel a la enseñanza de Guénon, pero ya no soy guenoniano y he readaptado la máxima zen a nuestra pequeña aventura occidental: “Si el nombre de Guénon te hace caer en la idolatría, ¡escúpelo!”.

Antes viajé contigo en una abigarrada nave con tripulantes sufíes, hinduizantes, cristianos y no adscritos, formando una enternecedora tripulación mestiza: pero la nave surcaba el mar sin rumbo definido. Ahora, tras recordar el nombre de Ítaca, mi isla y la de todos los masones, subí al buque sin mástiles del Rectificado: para mi sorpresa, bajo nosotros el mar está increíblemente en calma, y una brisa no humana impulsa el navío. Es hora de estar donde debemos, pacientemente, y de dejar que la Palabra lleve nuestro esfuerzo hacia el silencio

en el que brilla el faro. Todavía leemos en exceso: Patrística, Eckhardt, Cosa, Martínez de Pasqually, incluso algunos autores rectificadores recientes. Pero se está agotando el tiempo de las amalgamas, de las dispersiones y de los mil viajes exóticos o de tanteo.

Estuve demasiado tiempo en la isla de la profana Circe, incluso en exceso en la de los acogedores feacios andersonianos. Pero era mi tributo a la modernidad y a esa asombrosa incapacidad para realizar la máxima alquímica de navegar hacia el propio corazón: visita interior terrae, *rectificando* invenies occultum lapidem. Primero rectifiqué con herramientas de fortuna, tomadas caóticamente en tierras y tradiciones múltiples; luego, la Tradición ha decidido rectificarme en sus antiguos caminos, aquellos que no son exóticos sino propios.

Y algo me viene a la mente desde que empecé a escribirte, estimado Ajax: tu nombre simbólico -muchos los tenemos en el REAA- que probablemente alude al gigante griego, hijo de Telamón, y no al pequeño arquero hijo de Oileo, es muy significativo. Sabes mejor que yo, por tu estudio del árabe coránico, que el ser humano -el Anthropos- tiene equivalente árabe en Insan, literalmente “El que olvida”. Curiosamente, el castigo de los dioses a Ajax fue la amnesia, el olvido, la confusión de ovejas con enemigos: todos somos Insan, olvidadizos de nuestra primera naturaleza divina...y tal vez por eso, el Ajax que eres necesite recordar verdades simples que están bajo nuestros pies, en esta nuestra “pobre, sucia, triste y desgraciada tierra”, como dijo de nuestro país un poeta de inspiración iniciática (Espriu).

Yo he vuelto a casa, he dejado a la puerta mi muy querido nombre simbólico, y estoy permitiendo que esta pobre tradición nuestra susurre sus secretos en mis endurecidos oídos: conoces mis limitaciones y sabes que, quizá, no llegue a Ítaca, pero puedo asegurarte, hermano mío, que nunca estuve más sereno que sobre el puente de este viejo buque desarbolado que es el símbolo de la maestría rectificada. La mayoría de iniciados tal vez no alcanzaremos a ver Ítaca, pero hay un perfume inconfundible que llega de sus costas: y eso es mucho más de lo que antes pude soñar en nuestros bajeles piratas.

La experiencia ontológica -el Gran Arquitecto- el conocimiento metaóntico -Guénon lo llamaba metafísica- no son librescos. el anclaje en las turbias aguas de la “teología” obstaculiza la visión (vid-conocimiento) de la Realidad, del Único-Uno y del Absoluto. Hay que cortar amarras, librarse de las estériles mezcolanzas andersonianas y vivir en plenitud “los caminos que nos han sido trazados”...y no otros, mi querido Ajax. Hay que seguir esos caminos por fidelidad al Altísimo, pero también por fidelidad a nuestra tierra y nuestra gente,

quizá las peores gentes y las peores tierras, pero las nuestras ante el Gran Arquitecto y ante los pueblos de la tierra. Bajo nuestros pies, semisepultada por montañas de escombros modernos, la casa del Padre sigue viva, mientras muchos de sus hijos marchan en pos de fortunas lejanas. Os vais hermanos, pero tal vez no aprendisteis la sencillez que abre los caminos de la Realidad, desde cada casa y desde cada sendero que asciende hacia las cumbres.

Te escribo todo esto con tristeza por lo mucho que he aprendido de ti y de los demás hermanos, pero con la alegría de infancia por fin recobrada. Desearía que reflexionaras sobre el andersonismo, que buscaras tu ruta en la propia tradición, que evitaras las derivas mestizas y las exóticas. Pero presiento que no es tu tiempo, como durante años no ha sido el mío: la fruta madura en su justo momento. En cualquier caso, hermano Ajax, si un día se agota tu fortuna paterna en tierras extrañas, no dudes en regresar, porque habrá fiesta por ti. Eso lo sabes con tanta certeza como yo. Quiera el Gran Arquitecto enderezar nuestros rumbos y protegernos con su clemencia.

Tu Hermano

El Peregrino de Scala Dei



Ornamentos exteriores

Deben entenderse como tales todas aquellas formas heráldicas que no están comprendidas en el lenguaje del blasón: cimera, cascos, lambrequines, coronas, divisas, insignias de dignidad y un número indeterminado de elementos decorativos de factura diversa y de uso menos frecuente como banderas y estandartes, mantos, cartelas, condecoraciones, coronas, guirnaldas de flores, trofeos, tenantes y soportes, etc.

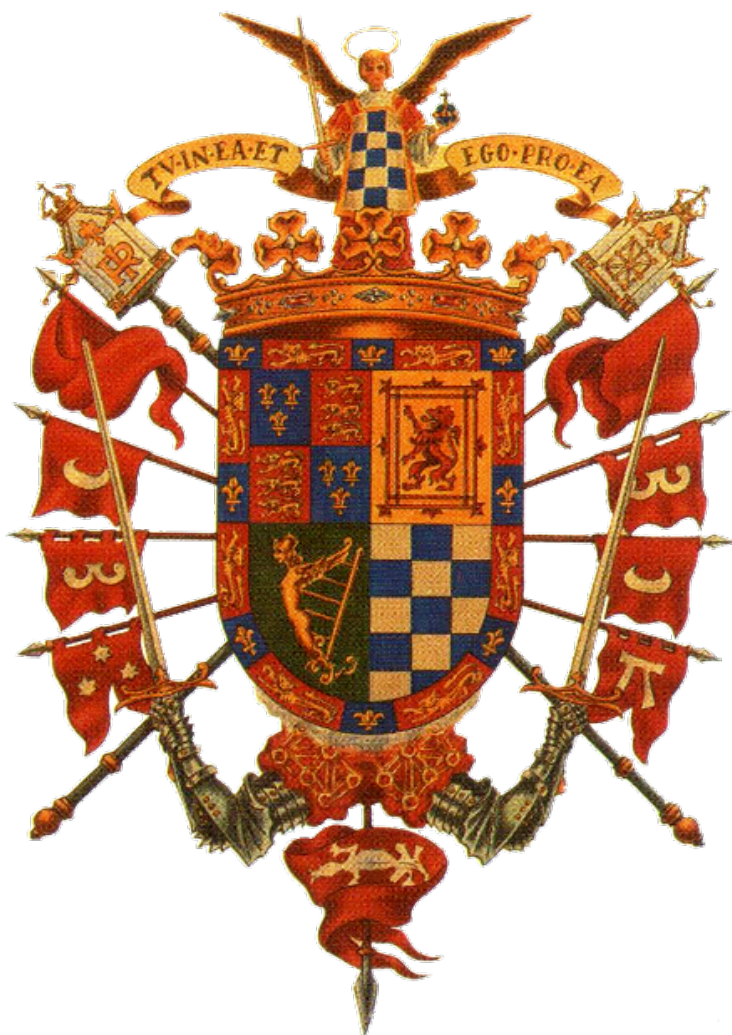
Es éste un aspecto ciertamente marginal en el estudio de los emblemas heráldicos, a pesar de la excesiva atención que le han venido prestando muchos tratadistas. No obstante, algunas de estas formas pueden aportar informaciones originales y precisas, especialmente por lo que se refiere a la datación e identificación de armerías anónimas: distinción, por ejemplo, de las diferentes armas utilizadas por los miembros de un mismo linaje. Por ello, y aunque sea brevemente, conviene prestarles alguna atención.

La cimera.-

Considerada como el timbre más antiguo, la cimera tuvo inicialmente una finalidad militar muy concreta, el espantar el caballo del adversario, si bien su función decorativa como forma heráldica, reproduciendo a veces los motivos del escudo, terminó jugando un papel preponderante en la generalización de su uso más allá de los campos de batalla.

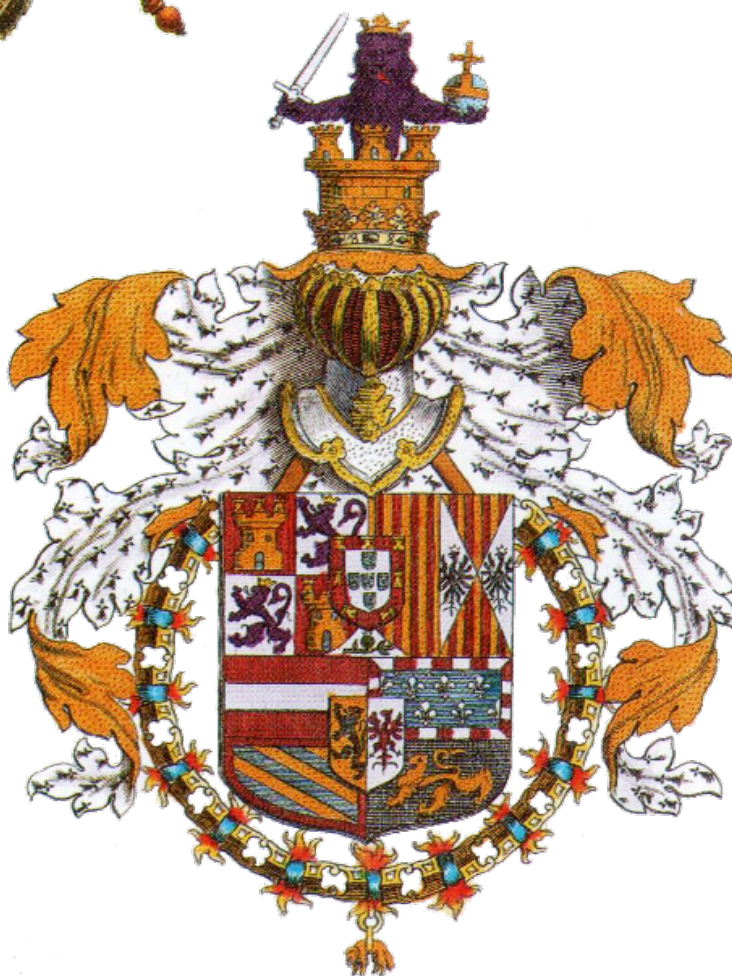
El empleo de la cimera se extendió progresivamente a lo largo del siglo XIII por buena parte del occidente europeo. No obstante su uso fue, con diferencia, mucho más intenso en el mundo germánico, donde ha permanecido con todo esplendor como elemento diferenciador y como exponente de ascendencias, pretensiones y alianzas.

Más tardíamente, y no antes de la segunda mitad del siglo XIV, su uso llegó a España alcanzando cierto relieve durante la centuria siguiente. Sin embargo la dificultad de otros timbres, las plumas por ejemplo, hizo que la cimera quedara prácticamente en desuso. Sólo algunas, muy pocas, han permanecido vigentes gracias al carácter hereditario que alcanzaron.



Armas del duque de Berwick y Alba en una representación moderna. Al timbre la conocida cimera de la Casa de Alba con la divisa *Tu in ea et ego pro ea*, y acoladas las banderas de los Álvarez de Toledo y las insignias del Condestable del reino de Navarra.

Armas del rey Felipe IV en una representación de fines del siglo XVII. Al timbre la cimera de Castilla y León y en torno el collar del Toisón de Oro.

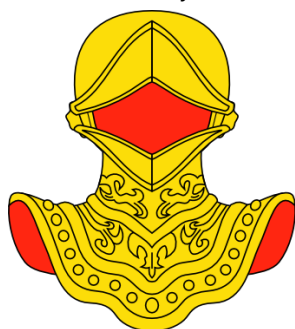


El yelmo.-

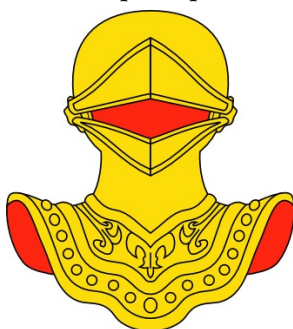
Difundido como timbre heráldico en el siglo XIV en España para abreviar la figura ecuestre de los sellos medievales, el yelmo es, sin duda, el ornamento exterior más frecuente, generalizado y que más fantasías ha generado.

En los siglos XVII y XVIII los tratadistas modernos establecieron toda una jerarquía entre los yelmos para indicar el rango o el título del poseedor del escudo. Los yelmos aparecen así clasificados según el metal (oro, plata o acero bruñado), la posición (de cara, terciado o perfilado a derecha o izquierda), el grado de apertura de su visera y también, incluso, el número de rejillas.

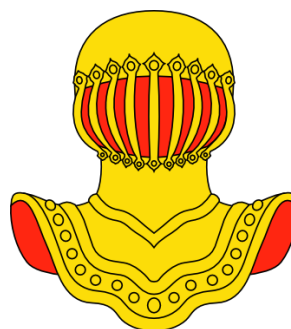
De rey



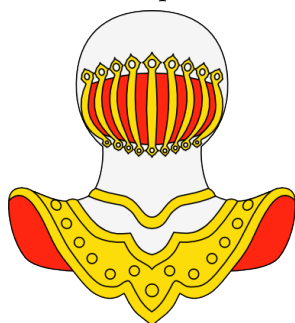
De príncipe



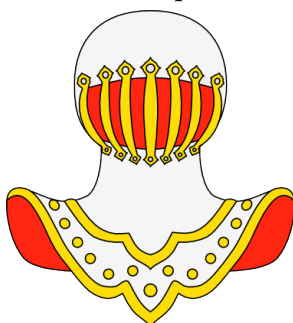
De infante



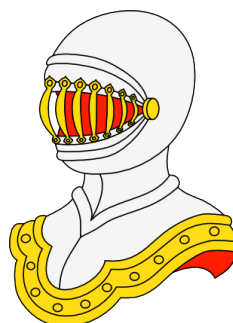
De duque



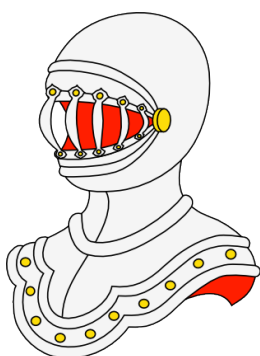
De marqués



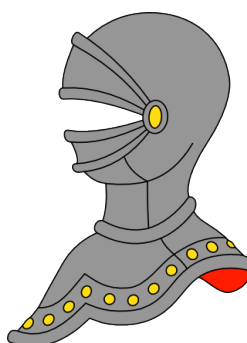
De conde



De señor o caballero



De escudero



Los lambrequines.-

Desde el siglo XII el casco cónico con nasal se recubría de una pieza de tela destinada a proteger el metal de los rayos del sol y, a la vez, para amortiguar los golpes del adversario.

Cuando el casco empieza a ser utilizado como timbre heráldico, estas piezas se trasplantan también a las armerías donde juegan un importante papel al convertirse, a partir del siglo XIV, en uno de los ornamentos más utilizados. Su función será desde entonces meramente decorativa y sus formas, combinadas o no con la cimera, serán muy diversas: desde un pequeño velo semicircular, caso de los manteletes, el burelete y hasta un gran paño convencionalmente cortado en tiras, caso de los lambrequines propiamente dichos, que es la forma más difundida.



Lambrequines sencillos, ligeros y adecuadamente dispuestos a partir del burelete.

La corona.-

El uso de la corona como timbre surgió en Francia y, a través de Aragón y Navarra, se introdujo al resto de España donde, con una gran variedad de formas y un empleo restringido, adquirió gran difusión a partir del siglo XIV.

En el siglo XVI su empleo se extendió de tal forma que fue preciso limitarlo por diversas disposiciones legales. Sin embargo su jerarquización en sus formas, diademas y la naturaleza y número de sus florones, a pesar de la insistencia de los tratadistas modernos, no tuvo efectos prácticos hasta tiempos muy recientes:



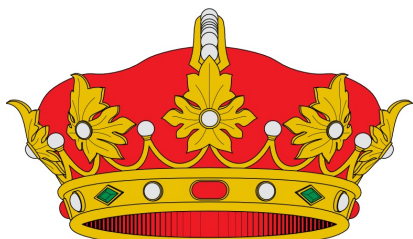
Imperial



Real



De príncipe



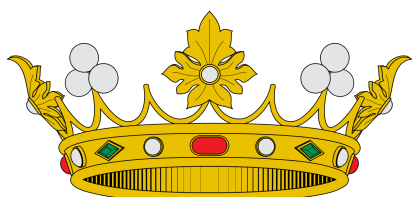
De infante



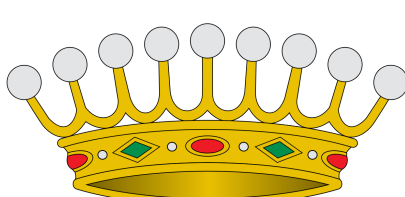
De Grande de España



De duque



De marqués



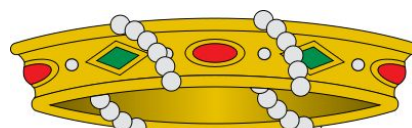
De conde



De vizconde



De barón

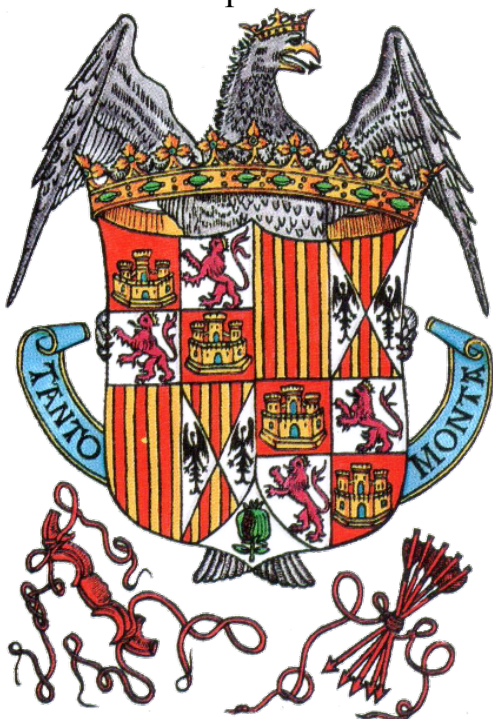


De señor

Las divisas.-

La progresiva codificación de las formas y de los usos heráldicos que llevó consigo al apogeo de las armerías, ajenas ya al ámbito militar, favoreció en buena medida la aparición de una serie de elementos emblemáticos nuevos en los que tenía cabida la iniciativa personal de los individuos.

Entre estos nuevos elementos para-heráldicos, la divisa adquiriría en España un cierto desarrollo a lo largo de los siglos XV y XVI. Su diseño, que comprendía una figura acompañada a veces de una sentencia que la completaba o comentaba, y su empleo no estaba sujeto a alguna regla o imposición, de ahí su éxito como testimonio, en el contexto comentado, de la personalidad y no de la identidad de su poseedor.



Armas de los Reyes Católicos sostenidas por el águila de San Juan, divisa de doña Isabel, y acompañadas en lo bajo por el yugo y el haz de flechas, divisas de sentido galante fundadas en las iniciales de ambos monarcas. Recogido en una cartela, el célebre Tanto Monta, inventado por Nebrija, cuya repetición invertida evoca la disposición cuartelada de las armas de Castilla y Aragón.



Composición inspirada en varios sellos del Emperador Carlos I. Trae como soporte el águila imperial de estilo alemán, normalmente bicéfala, timbrada con la corona del Sacro Imperio. Con sus garras sujeta las dos columnas de Hércules, símbolo de las Indias, según el diseño de Luis Marliani. Figuran, asimismo, el eslabón y el pedernal, rodeados de llamas, y el aspa ecotada de Borgoña.



Armas de S. M. el rey Juan Carlos I.

Ornamentos civiles.-

Muy útil es el conocimiento de las insignias, collares y mantos utilizados en las armerías para indicar una dignidad o la pertenencia a una orden o corporación, pues son datos positivos para la identificación de armerías anónimas.

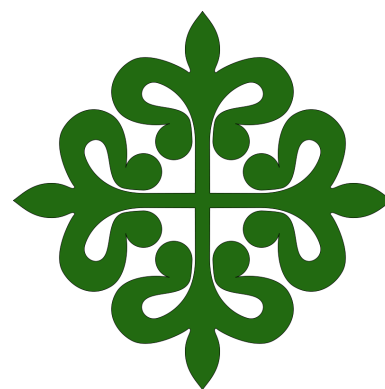
El empleo de este tipo de emblemas, que era ciertamente inusual en los blasones medievales, se generalizó a partir del siglo XVI. En España son muy frecuentes las cruces de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa, las órdenes militares por excelencia, así como las de San Juan de Jerusalén o Malta y el Santo Sepulcro.



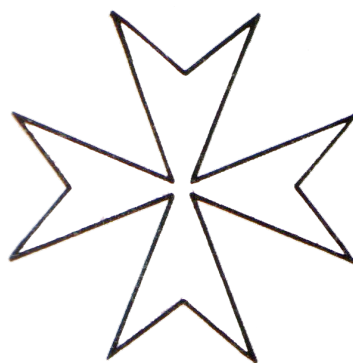
Orden de Santiago



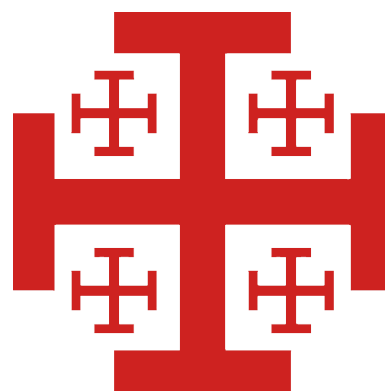
Orden de Calatrava



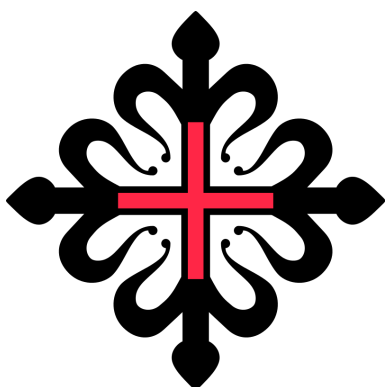
Orden de Alcántara



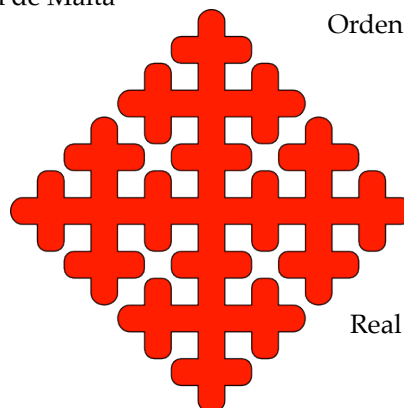
Orden de Malta



Orden del Santo Sepulcro



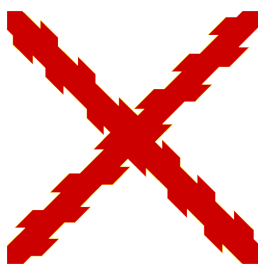
Orden de Montesa



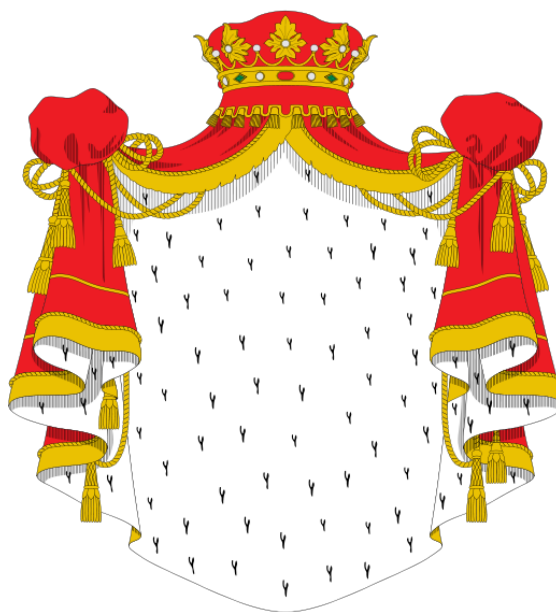
Real de San Fernando

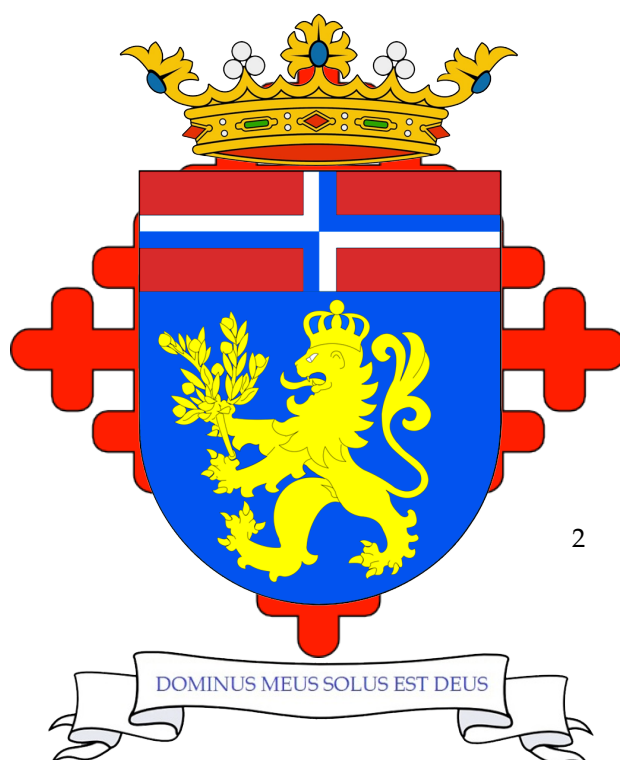
Con referencia al período medieval, no es apropiado hablar de cruces específicas para cada una de las órdenes militares. Aunque este es un tema no estudiado todavía, puede decirse que, en un principio, traían por igual una simple cruz y que, ya en la Baja Edad Media, se plantean las primeras diferencias con la adición de elementos nuevos. Así las veneras de Santiago, las travas o grillos azules de Calatrava o las aves de la portuguesa orden de Avís. Sin embargo, las necesidades diferenciadoras, derivadas en cierto modo de su progresiva presencia en armerías, plantearon su definitiva individuación. Santiago tomó la cruz-espada, usada por sus maestros desde el siglo XIII, Calatrava trajo la cruz floronada de gules, Alcántara esta misma de sinople y Montesa de sable y cargada de una cruceta de gules. Otras cruces frecuentes en las armerías españolas son las de la orden de San Juan o Malta, blanca, patada y hendida en sus brazos; la orden vaticana del Santo Sepulcro, que pinta de gules la cruz de oro del reino de Jerusalén. Y también la cruz de Borgoña, antigua Bandera de España, reservada ya para la Casa Real y las Fuerzas Armadas.

Cruz de Borgoña



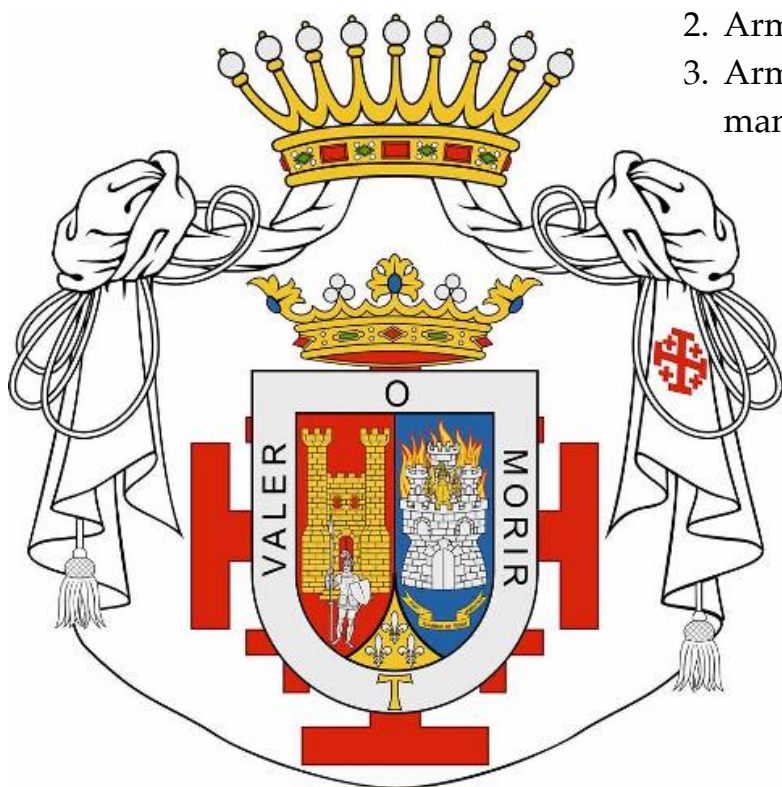
En el siglo XV se extendió el uso de collares en torno a los escudos. El más importante es el Toisón de Oro. Una insignia difundida también en las armerías es el manto forrado de armiños. Su empleo es asimismo relativamente reciente y, en nuestra nación, está restringido a los Grandes de España.





2

1. Corona de conde Palatino, acolada la cruz de la Orden del Santo Sepulcro de Jerusalén, ambos privilegios seculares de los Caballeros de dicha Orden.
2. Armas del marqués de Merella (Savoya).
3. Armas del marqués de Casa Real con manto del Santo Sepulcro.

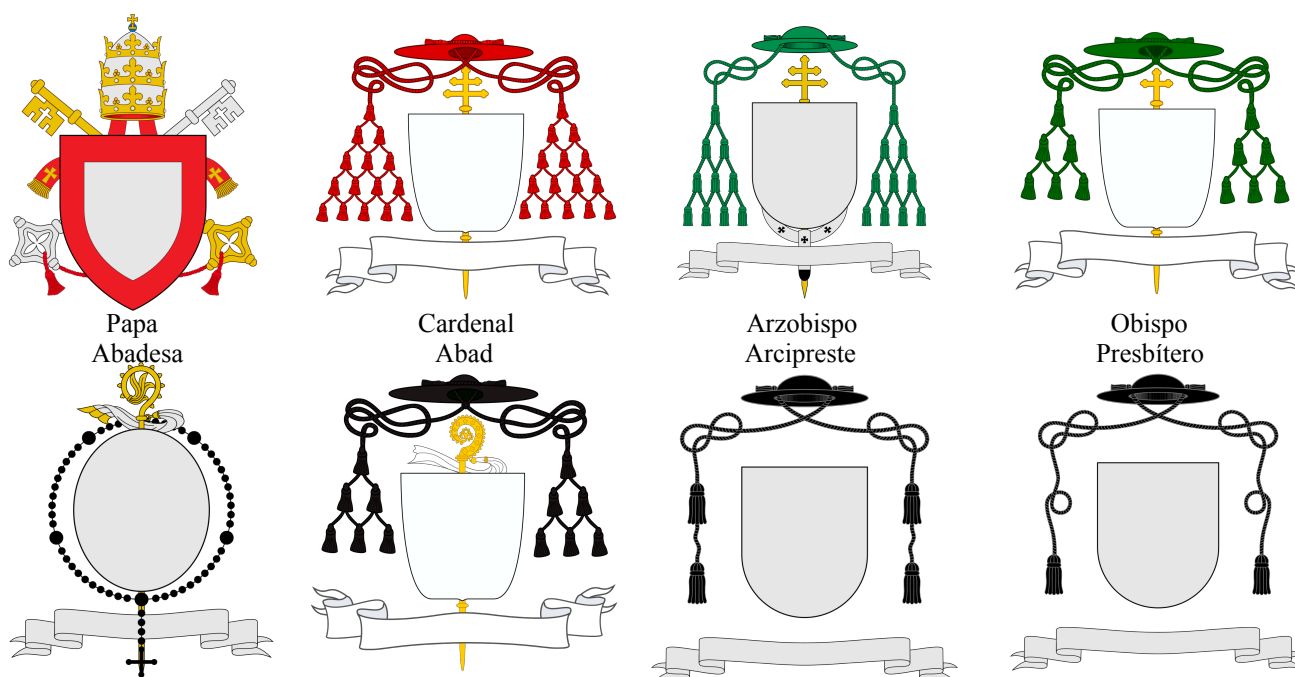


3

Mención aparte merecen los ornamentos eclesiásticos, abundantes y variados, algunos de ellos presentes en las armerías al menos desde el siglo XIV, si bien su jerarquización no fue regulada de forma terminante por la Sagrada Congregación del Ceremonial hasta 1832.

La abundancia, la diversidad y, principalmente, la anarquía en el empleo de estos emblemas hace con frecuencia muy difícil la posible identificación de aquellas armerías anteriores a la mencionada regulación. En ellas son frecuentes la presencia de cruces y báculos para indicar una determinada dignidad y jurisdicción, así como otros emblemas de uso restringido, como la tiara papal, las llaves y el gonfalon pontificio, propios del Sacro Colegio, Cámara Papal y otras instituciones, además de un buen número de ornamentos exteriores, como tenantes, cartelas, pabellones, etc., que son de empleo común a las armerías eclesiásticas y civiles.

No obstante, el timbre eclesiástico por excelencia es el capelo de peregrino, bajo, de ala grande y sujeto por cordones terminados en borlas. El uso de este ornamento tan difundido surge en el siglo XIV en Italia y, sustituyendo a la mitra, se generaliza progresivamente a lo largo del XV. Los primitivos colores eran el rojo y el negro, siendo el primero reservado para los cardenales. El color verde propio de arzobispos y obispos no aparece hasta el siglo XV, mientras el negro quedaría reservado a las dignidades de rango inferior. El número de borlas, por el contrario, fue muy variado hasta la mencionada regulación de 1832: quince para los cardenales, diez para los arzobispos, seis para los obispos, tres para los canónigos y uno para los sacerdotes:



Presentación de las armas del caballero de la Orden

Si, en ciertas Ordenes caballerescas, la costumbre fue la de inscribir un “jefe de Orden” en las armas personales de sus miembros, por una parte, esta práctica ha sido más estrechamente observada entre los Dignatarios de dichas Ordenes -lo más a menudo, acuartelando el Gran Maestro las suyas con las de la Orden- y por otra parte, este uso se ha convertido casi en marginal respecto a la tradición más admitida, consistente en hacer reposar el escudo de armas del caballero sobre la cruz específica de la Orden, en ocasiones entrelazada con el collar propio de la misma.

Como toda regla tradicional, esta viene a constituir un símbolo y expresa pues una realidad espiritual -además de que, para los blasones que ya comportan un jefe, este segundo jefe de Orden, ahogaría de alguna manera el campo del escudo, cuando una Orden caballeresca debe conducir justamente a lo contrario: favorecer un “ensanchamiento” proporcional a la vocación que el caballero encarna y cumple.

El blasón personal no puede comprender en sí mismo -en sentido pleno- las armas de la Orden a la que pertenece, trascendiendo por definición la Orden a las armas que integra, ya que como acabamos de precisar, la Orden ayuda a cumplir al interesado; a distinguirse, en todas las acepciones del término.

Las armas del caballero pues, no pueden apropiarse de una característica de su Orden, lo que vendría a significar la inclusión de un jefe de la misma. En sentido teológico, podemos permitirnos hacer el paralelismo siguiente: desde la colegialidad de los cristianos, podemos perfectamente llamar a Dios “Padre Nuestro” como nos lo revela el Verbo encarnado, pero únicamente él puede decir “Padre Mío” ya que él mismo es Dios, de la misma naturaleza (consustancial, es decir, del mismo ser) que el Padre.

En tanto que cristianos, nos beneficiamos de la filiación adoptiva en la Vida trinitaria de la que participaremos plenamente en el cielo, pero no poseemos y, jamás poseeremos, la naturaleza (el ser mismo) de Dios.

De este modo, *mutatis mutandi*, incluir un jefe de la Orden equivaldría a decir abusivamente “mi Orden” y no “nuestra Orden”. Solamente la colegialidad de los caballeros tiene el derecho y el poder de afirmar esta consustancialidad y esta representación.

Por otro lado, esta manera tradicional de presentar el blasón sobre la cruz aparece en espejo del manto de la Orden caballeresca que lleva la cruz específica de dicha Orden, manto y cruz envolviendo al caballero por entero a modo de imagen-principio del cuerpo de gloria, envolviendo pues sus armas personales, inscritas y actuantes en su corazón y verdadero icono de su nombre iniciático.

Planteado así, es la cruz de la Orden la que lleva -la que sostiene e inspira- el escudo de armas del caballero en su misterio ontológico en su destino “aventurado”. Así dispuesta, esta cruz fija, orienta y dinamiza su búsqueda personal (luego, singular en todos los sentidos de la palabra) búsqueda inscrita sin embargo en la búsqueda común de todos los caballeros de la Orden.

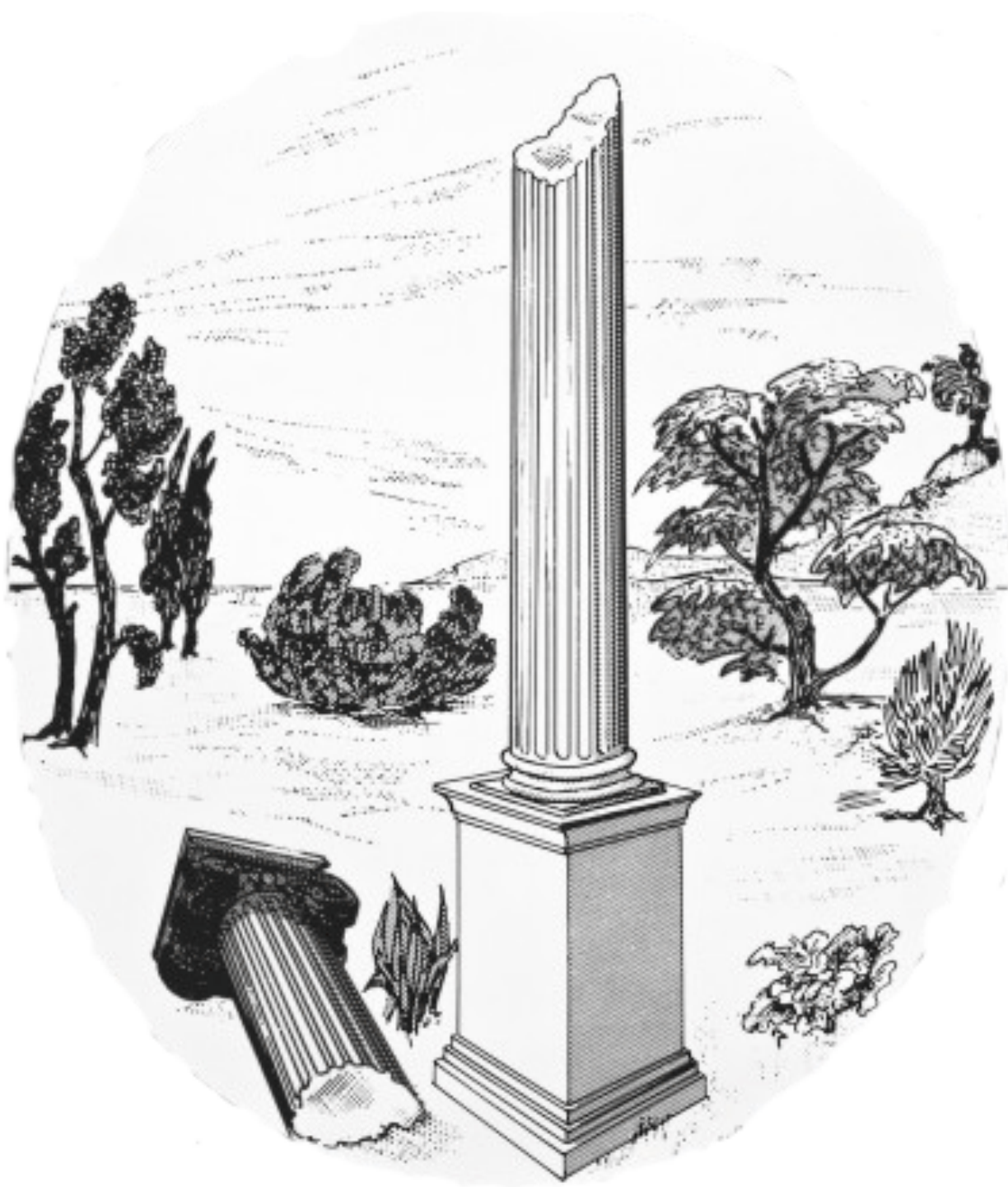
Estas armas así llevadas por la cruz de la Orden –“presentadas” por ella- anuncian que el blasón personal sólo encuentra su verdadero cumplimiento, su verdadera legitimidad y su plena eficacia (en sentido teológico) que, vivificado en la cruz del Redentor, entonces especificada en la de la Orden en el seno de la cual el caballero ha sido llamado a servir y a cumplirse.

El blasón del caballero es así literalmente crucificado por la cruz de la Orden que lo lleva y es solamente en estas condiciones que se encuentra fecundo, justo y edificante. (Pág. 43).

Ya que, como el corazón de Jesús crucificado, este blasón puede entonces abrirse: revelar su clave herme(né)utica -el secreto de su vocación- y ofrecer, en primer lugar, al mismo caballero, pero igualmente al mundo al que se abre y lleva su búsqueda, los frutos de gracia de su realización interior.

Así nutrido, enraizado y justificado (es decir, bendecido en términos teológicos) por una Orden más grande que él, el blasón del caballero toma una dimensión, una potencia “nueva” como lo entiende el Evangelio.

Es entonces, auténticamente, “parlante”.



(Seguiremos en el próximo número VI)

